Cor Iesu

30 textos de Abelardo de Armas para el mes de junio

Selección de textos: *Jesús Amado*
Revisión: *José Luis Acebes y Javier del Hoyo*
Maquetación: *Fernando Calle*
Portada: *Imagen del Corazón de Jesús que preside el Santuario de la Gran Promesa en Valladolid*

Editorial Cruzados de Santa María
Écija 4, 28008 Madrid
Tel.: 91 5437008
www.cruzadosdesantamaria.es

Hemos de congratularnos por la sugerencia mostrada por un Carmelo animándonos a redactar y editar un folleto como el presente. Es continuación, en cierto modo, del que con el título *"¡Mirad a María!"* publicábamos en mayo del 2011. Y ambos, por supuesto, con la pretensión de dar a conocer en mayor amplitud la espiritualidad de Abelardo de Armas, nuestro cofundador junto al P. Tomás Morales, S.J.

Dos folletos elaborados con textos más o menos conocidos de Abelardo, pero que nos introducen en sus dos grandes amores: a Cristo (él llega a decir: "*Yo le escuché un día. Ahora vivo contagiado de su locura. No me arrepiento*") y a la Virgen. Nos ponen en contacto con esos dos grandes amores, pero sobre todo nos animan a que *"entremos más adentro en la espesura"*, a que de la mano de Abelardo conozcamos "*la anchura, la longitud, la altura y la profundidad*" revelados en el Corazón de Jesús, y conducidos de la mano de la Virgen, que nos recomendó: "*haced lo que Él os diga*".

El folleto está preparado para seguir cada día del mes una meditación, y concluir con la oración que viene en la página 67.

La publicación es el resultado del trabajo en equipo de Jesús Amado, que ha llevado a cabo la selección de textos y la preparación general del folleto, de Javier del Hoyo, que se encargó de la revisión de los contenidos, y de Fernando Calle, al cual debemos la exquisita maquetación. Agradecemos a los tres su dedicación entusiasta, puesta al servicio de todos.

Esperemos que la publicación de folletos como estos sirva para enamorarnos más de nuestro carisma y para su difusión *"a la mayor gloria de Dios y bien de las almas."*

José Luis Acebes,

31 de mayo de 2014

A modo de introducción

Junio, mes del Corazón de Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El mes de junio está tradicionalmente dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, máxima expresión humana del amor divino. Precisamente el viernes pasado, en efecto, hemos celebrado la solemnidad del Corazón de Cristo, y esta fiesta da el tono a todo el mes. La piedad popular valora mucho los símbolos, y el Corazón de Jesús es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios; pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente de la que brotó la salvación para toda la humanidad.

En los Evangelios encontramos diversas referencias al Corazón de Jesús, por ejemplo en el pasaje donde Cristo mismo dice: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11, 28-29). Es fundamental, luego, el relato de la muerte de Cristo según san Juan. Este evangelista, en efecto, testimonia lo que vio en el Calvario, es decir, que un soldado, cuando Jesús ya estaba muerto, le atravesó el costado con la lanza y de la herida brotaron sangre y agua (cf. *Jn* 19, 33-34). Juan reconoce en ese signo, aparentemente casual, el cumplimiento de las profecías: del corazón de Jesús, Cordero inmolado en la cruz, brota el perdón y la vida para todos los hombres.

Pero la misericordia de Jesús no es sólo un sentimiento, ¡es una fuerza que da vida, que resucita al hombre! Nos lo dice también el Evangelio de hoy, en el episodio de la viuda de Naín (*Lc* 7, 11-17). Jesús, con sus discípulos, está llegando precisamente a Naín, un poblado de Galilea, justo en el momento que tiene lugar un funeral: llevan a sepultar a un joven, hijo único de una mujer viuda. La mirada de Jesús se fija inmediatamente en la madre que llora. Dice el evangelista Lucas: «Al verla el Señor, se compadeció de ella» (v. 13). Esta «compasión» es el amor de Dios por el hombre, es la misericordia, es decir, la actitud de Dios en contacto con la miseria humana, con nuestra indigencia, nuestro sufrimiento, nuestra angustia. El término bíblico «compasión» remite a las entrañas maternas: la madre, en efecto, experimenta una reacción que le es propia ante el dolor de los hijos. Así nos ama Dios, dice la Escritura.

Y ¿cuál es el fruto de este amor, de esta misericordia? ¡Es la vida! Jesús dijo a la viuda de Naín: «No llores», y luego llamó al muchacho muerto y le despertó como de un sueño (cf. vv. 13-15). Pensemos esto, es hermoso: la misericordia de Dios da vida al hombre, le resucita de la muerte. El Señor nos mira siempre con misericordia; no lo olvidemos, nos mira siempre con misericordia, nos espera con misericordia. No tengamos miedo de acercarnos a Él. Tiene un corazón misericordioso. Si le mostramos nuestras heridas interiores, nuestros pecados, Él siempre nos perdona. ¡Es todo misericordia! Vayamos a Jesús.

Dirijámonos a la Virgen María: su corazón inmaculado, corazón de madre, compartió al máximo la «compasión» de Dios, especialmente en la hora de la pasión y de la muerte de Jesús. Que María nos ayude a ser mansos, humildes y misericordiosos con nuestros hermanos.

(Papa Francisco, Ángelus domingo 9 junio 2013)

CONTENIDO

Día 1. "¡SEÑOR, TÚ LO SABES TODO, TÚ SABES QUE TE QUIERO!" (Jn 21, 17) 7

Día 2. "ÁNIMO, HIJO, TUS PECADOS TE SON PERDONADOS" (Mt 9, 2) 9

Día 3. "VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÁIS AGOBIADOS, Y YO OS ALIVIARÉ" (Mt 11, 28) 11

Día 4. "HOMBRE DE POCA FE, ¿POR QUÉ HAS DUDADO?" (Mt 14, 31) 13

Día 5. "MIRAD QUÉ AMOR NOS HA TENIDO EL PADRE PARA LLAMARNOS HIJOS, PUES ¡LO SOMOS!" (1 Jn 3, 1) 15

Día 6. "SI NO OS HACÉIS COMO NIÑOS, NO ENTRARÉIS EN EL REINO DE LOS CIELOS" (Mt 18, 3) 17

Día 7. "EL QUE COME MI CARNE Y BEBE MI SANGRE, TIENE VIDA ETERNA" (Jn 6, 54) 19

Día 8. "¿TAMBIÉN VOSOTROS QUERÉIS MARCHAROS?" (Jn 6, 67) 21

Día 9. "SI ALGUNO TIENE SED, QUE VENGA A MÍ Y BEBA" (Jn 7, 37) 23

Día 10. "PARA ESTO HE VENIDO AL MUNDO, PARA DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD" (Jn 18, 37) 25

Día 11. "ÉSTE NADA MALO HA HECHO" (Lc 23, 41) 27

Día 12. "¡JESÚS, ACUÉRDATE DE MÍ CUANDO VAYAS A TU REINO!" (Lc 23, 42) 29

Día 13. "YO TE ASEGURO: HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO" (Lc 23, 43) 31

Día 14. "SI ALGUNO QUIERE VENIR EN POS DE MÍ, TOME SU CRUZ CADA DÍA Y SÍGAME" (Lc 9, 23) 33

Día 15. "¡OH DIOS, TEN COMPASIÓN DE MÍ, QUE SOY PECADOR!" (Lc 18, 13) 35

Día 16. “CON VUESTRA PERSEVERANCIA SALVARÉIS VUESTRAS ALMAS” (Lc 21, 19) 37
Día 17. “SEÑOR, ¿A QUIÉN VAMOS A IR? TÚ TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA” (Jn 6, 68) 39
Día 18. “SEÑOR, AQUEL A QUIEN TÚ AMAS ESTÁ ENFERMO” (Jn 11, 3) 41
Día 19. “NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN. CREÉIS EN DIOS, CREED TAMBIÉN EN MÍ” (Jn 14, 1) 43
Día 20. “APRENDED DE MÍ, QUE SOY MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN” (Mt 11, 29) 45
Día 21. “ABOGADO TENEMOS ANTE EL PADRE” (I Jn 2, 1) 47
Día 22. “YO ROGARÉ AL PADRE POR VOSOTROS” (Jn 14, 16) 49
Día 23. “EN ESPERANZA FUIMOS SALVADOS” (Rom 8, 24) 51
Día 24. “CONFIAD EN EL SEÑOR” (Salmo 4, 6) 53
Día 25. “HACED LO QUE ÉL OS DIGA” (Jn 2, 5) 55
Día 26. “VENID A MÍ LOS QUE ESTÁIS CANSADOS Y AGOBIADOS” (Mt 11, 28) 57
Día 27. “¡SEÑOR MÍO, Y DIOS MÍO!” (Jn 20, 28) 59
Día 28. “ME DEJARÉIS SOLO” (Jn 13, 17) 61
Día 29. “¿TAMBIÉN VOSOTROS ME DEJARÉIS SOLO?” (Jn 6, 67) 63
Día 30. “Y LOS DISCÍPULOS, ABANDONÁNDOLE TODOS, HUYERON” (Mt 26, 56) 65
Mes de junio - ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS 67

Día 1. "¡SEÑOR, TÚ LO SABES TODO, TÚ SABES QUE TE QUIERO!" (Jn 21, 17)

Acabamos de celebrar el mes de mayo y se lo hemos dedicado a la Virgen. Ahora, de su mano, entramos y vivimos en un mes de junio consagrado al Corazón de Cristo-Jesús, ese Corazón que, herido por nuestros pecados, se ha vengado de nosotros prodigándonos sus infinitos tesoros de amor y misericordia. Por lo que si queremos tributarle una digna reparación, hemos de abrirnos a Él totalmente en amor de confianza y gratitud.

La carta a los Hebreos dice de Él que en los días de su vida terrena elevó sus gemidos y lágrimas al cielo, al Padre que podía librarle de la muerte, y aprendió en su carne a obedecer sufriendo (cf. 5, 7).

Ahora nosotros, por esa obediencia, confiamos en Ti, Señor, y te damos gracias porque te entregaste totalmente a la cruz y estuviste pronto a padecer y morir.

Confiamos en Ti, que no retiraste tu bondad de nosotros, ni siquiera en el momento de la muerte. Agradecemos tu fortaleza heroica, que nos transmites en nuestras pequeñas pruebas, insignificantes al lado de las tuyas.

Confiamos en que tu dulzura, que no se ocultó ni en la Cruz, siga acariciando nuestras vidas. Agradecemos tus caídas camino del Calvario, que nos alientan a no desfallecer en las nuestras.

Confiamos en Ti, que ni en las tristezas de muerte de Getsemaní, abandonas la empresa comenzada. Y agradecemos tu petición al Padre por los pobres, que no sabemos lo que hacemos, los que dormimos mientras la traición está despierta.

Y queremos consolarte, Señor. Limpiar el sudor sangriento de tus angustias, confortando el dolor de los que sufren junto a nosotros y en los que tú continúas prolongando tu pasión.

Consolarte a Ti, el más abandonado de entre los abandonados. Amor que no eres amado. Bondad a la que se desprecia. Consolarte en tu abandono y soledad de la Cruz y de los sagrarios donde sigues siendo el gran solitario.

Consolarte en nuestros mismos corazones donde guardas silencio y amas a escondidas y te olvidamos sumergidos en nuestras bagatelas de cada momento.

Por el agua y sangre que brotó de tu corazón como de una fuente inagotable de misericordia para nosotros, confiamos en Ti, Señor. Y te damos gracias y nos volvemos a Ti repitiendo: "Yo confío en Ti. Yo no puedo dudar de Ti".

Tú consuelas todo tormento, toda angustia, toda desesperación, pues te hiciste hermano nuestro en todo nuestro dolor y fuiste fiel al Padre hasta en su abandono.

Tú comprendes todas nuestras penas. Y en Ti, todo abandono encuentra su propio refugio. Tú sigues amando a cada pecador y quieres apretar a tu Corazón hasta el más infame de los hombres.

Gracias a Ti, Corazón de Jesús, hijo de la Virgen María, que nos resucitaste a la Vida eterna.

Corazón de Jesús, en Ti confiamos, porque creemos en tu amor para con nosotros.

Día 2. "ÁNIMO, HIJO, TUS PECADOS TE SON PERDONADOS" (Mt 9, 2)

Muchas veces he meditado con dolor, que habiendo venido Jesús en busca de los pecadores, de la oveja perdida, a rescatarnos de las obras del diablo, "para que las almas tengan vida y la tengan en abundancia", tuvo que ser para Él muy penoso ver que le traían a multitud de enfermos para que los curase, pero no tanto pecadores para que los perdonase, que es lo que venía buscando.

En este pasaje de san Mateo contemplamos el esfuerzo de unos hombres que introducen a un paralítico en la sala en que Jesús se encontraba. El amor de Jesús salta de la parálisis corporal al alma paralizada por el pecado. Entra en lo profundo del corazón humano y, leyendo los deseos de este hombre postrado en una camilla, le dice lleno de ternura: «¡Ánimo!, hijo, tus pecados te son perdonados».

Y a ti y a mí nos dice lo mismo, disponiendo nuestras almas a la confianza. Tiende su mano llagada para que la cojas: "Confía, hijo, en Mí lo puedes todo". Puedes salir de esa situación, puedes ser santo, puedes abandonar la mediocridad. "Confía, hijo, siempre te amo".

Si te falta confianza, pídemela. Dime: "Creo, pero ayuda mi incredulidad". Tócame con fe y confianza.

La vida divina se os trasmite toda por Mí y se desarrolla en la medida de vuestra confianza en Mí.

Tu miseria atrae mi misericordia. Sírvete de ella para atraerme. No te apoyes jamás en ti. Mírame siempre a Mí. Tú solo no puedes nada, pero Yo lo puedo todo.

Si caminas por cañadas oscuras, nada temas. Confía, hijo, porque Yo camino a tu lado. Soy Yo quien te va llevando.

¿De dónde ha de brotar tu confianza? Del infinito amor que te tengo. Te llevo constantemente en mi Corazón. No dudes de mi Amor.

Yo te saqué de la nada. Yo te he elegido. Te tengo un amor de predilección y no me canso de demostrártelo. Un poquito de silencio que hagas cada día y me verás en todo junto a ti. ¿Por qué no vienes más a Mí?

¡Necesitas tantas cosas! Pídemelas a Mí. Recurre a Mí. Pon tu confianza en Mí. Os lo he prometido: "Pedid y recibiréis". Hallaréis la paz que tanto anheláis y que las criaturas no os pueden dar. Ellas, sin Mí, no son nada. Yo soy siempre más.

Tus miserias no son un obstáculo para mi amor. Te hacen humilde. Ofrécemelas y yo las transformaré en gracias de misericordia. ¿Sabes lo que significa misericordia? Dar el corazón al miserable. ¡El corazón! En este caso, mi corazón, el de tu Dios, que lo dejé traspasar en la Cruz y quedó abierto para recibirte. Jamás lo he cerrado a nadie. Confía, hijo.

Si todavía tu miseria te deprime, ahí tienes a tu madre, madre de la confianza. Acógete a ella, que su mano te atraerá a Mí.

Día 3. "VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÁIS AGOBIADOS, Y YO OS ALIVIARÉ" (Mt 11, 28)

Son muchísimos los que aspiran a la perfección y desearían ser santos. Pero el peso de sus miserias los tiene detenidos. Fallan en la confianza. A ellos dedico estas líneas inspiradas en el libro *Un llamamiento al Amor*, que recoge revelaciones privadas que el Corazón de Jesús dictó a una humilde hermana coadjutora del Sagrado Corazón, sor María Josefa Menéndez.

«¿Tus pecados? ¡Yo los borro!… ¿Tus miserias? ¡Yo las consumo!…

Cuanto mayor sea tu miseria, más te levantará mi poder. Te enriqueceré con mis dones. Si me eres fiel tendré en tu alma una morada donde guarecerme cuando las almas me arrojen de sí por el pecado. Yo descansaré en ti y tú hallarás en mí la vida.

Si tú eres un abismo de miseria, Yo soy un abismo de bondad y misericordia. Todo lo que necesites, ven a buscarlo en mi Corazón, incluso lo que Yo te pido. Ten confianza y amor.

No mires tu poquedad, mira la omnipotencia de mi Corazón que te sostiene. Soy tu fortaleza y el reparador de tu miseria.

Si estás en mis manos ¿qué puedes temer? No dudes de la bondad y del amor de mi Corazón. Tu miseria me atrae… Sin Mí, ¿qué serías?… Cuanto más pequeña seas, más cerca estaré de Ti.

No te aflijas demasiado por tus caídas, pues nada necesito para hacer de ti una santa. Pero no me resistas, déjame obrar, humíllate, que yo te buscaré en tu nada para unirte a mí. Recuerda que tu nada y tu miseria son el imán que atraen mis miradas. No te desalientes porque en tu fragilidad resplandece más mi misericordia.

Mi corazón encuentra consuelo perdonando. No tengo más deseo que perdonar ni mayor alegría que perdonar.

Cuando, después de una caída, un alma vuelve a mí, es tan grande el consuelo que me da que casi resulta para ella un beneficio, porque la miro con particular amor. Nada me importa su miseria, si su único deseo es darme gloria y consuelo. A pesar de su pequeñez, alcanza muchas gracias para otras almas…

Cuando un alma desea ser fiel, yo la sostengo en su debilidad, y sus mismas caídas mueven a obrar, con mayor eficacia, mi bondad y mi misericordia. Pero es preciso que se humille y se esfuerce, no para hallar su propia satisfacción, sino para darme gloria.

No puedes figurarte cómo agrada a mi Corazón perdonar faltas que son de pura fragilidad. Estate tranquila. Porque eres así de frágil, he fijado en ti mis ojos.

No importan las miserias, lo que quiero es amor. No me importan las flaquezas, lo que quiero es confianza.

Hay muchas almas que creen en mí, pero pocos que creen en mi amor. Y todavía son menos las que conocen mi misericordia. Muchos me conocen como Dios, pero pocas confían en Mí como Padre».

Día 4. "HOMBRE DE POCA FE, ¿POR QUÉ HAS DUDADO?" (Mt 14, 31)

Escribo estas líneas sentado en medio de los frondosos pinares de Balsaín. Ha transcurrido toda la mañana en la más deliciosa de las soledades acompañadas. Dios y yo. Entre pinos inmensos, cielo intensamente azul, concierto de pájaros, aguas que cantan, mientras alegres y saltarinas corren al valle.

Ahora redacto lo que toda esta exuberancia de vida me hace reflexionar: "Grande es, Señor, tu ternura para con tus criaturas".

¿Por qué somos los hombres tan desconfiados de Ti? Con frecuencia veo a personas que dudan, temen, sufren. ¿Cómo es posible, siendo Tú tan bueno para con todos?

¡Cuántas veces me piden oraciones, personas que me dicen: "A mí Dios no me escucha", cuando Tú, Señor, estás a la escucha de la más mínima plegaria!

¿Quién puede sembrar esta desconfianza, sino el diablo, mentiroso y padre de la mentira?

No saben que no puede soltar Jesús las almas que tan caro le costaron. Cierto que es celoso, y reprende y aun castiga por cosas al parecer pequeñas, pero no por eso deja de amar.

El hombre reza hoy muy poco. Conoce muy poco a Jesucristo, al Padre de los cielos, a la Virgen Madre. Y por eso teme, sufre, está inquieto. Yo querría gritaros que os quiere y su bondad no se la puede quitar toda vuestra maldad, ni aunque fuera mucho mayor de lo que es. Por eso decid al diablo y a cuantos pensamientos, personas o apariencias pretendan separaros de la confianza en Dios, que vosotros habéis creído en el amor que Dios os tiene, y que vivís en la fe y amor de Jesús y de la Virgen María. Y así no habrá nada ni nadie que os separe y derribe de los brazos de Dios, que os protege con inmensa ternura.

Ver nuestra pequeñez, nuestra pobreza, nuestra maldad y nuestra miseria, es cosa buena. Pero si nos quedamos ahí, nos engañamos; porque la mirada no debemos tenerla fija en nosotros. Es preciso mirarle a Él y confiar en que nos ama.

San Pedro, mirándose a sí, vio que se hundía. Pero tan pronto como recurrió a Jesús, encontró sus manos a las que agarrarse. Escuchó la reprensión: "¡Hombre de poca fe!, ¿por qué has dudado?" Reprensión de la que también somos nosotros merecedores, pero que jamás ha de hacernos dudar de aquel que los mismos ojos que fijó en Pedro y en nosotros, levantó en la cruz al Padre para implorar misericordia.

Tengamos, pues, fe y confianza. Esa misericordia está pronta sobre nosotros en Jesús confesión, en Jesús Eucaristía, en Jesús oración: «Los designios de su Corazón abarcan a todas las generaciones para librar sus almas de la muerte y alimentarlas en tiempo de hambre» (liturgia del Sagrado Corazón).

Día 5. "MIRAD QUÉ AMOR NOS HA TENIDO EL PADRE PARA LLAMARNOS HIJOS, PUES ¡LO SOMOS!" (1 Jn 3, 1)

El catecismo nos enseña que Dios es "Señor, infinito, bueno, sabio y poderoso; principio y fin de todas las cosas". El profeta Isaías añade que es también el más amante de los padres. Y ante esto desaparece todo temor servil.

El amor de un padre es firme, sereno y eficaz. Nunca desfallece en su firmeza. Corrige serenamente para bien del hijo. Da y se da.

Pero en Dios se añade la hermosura maternal. «Sobre las rodillas seréis acariciados. Como uno a quien su madre le consuela, así os consolaré Yo» (Is 66, 12-13). Tampoco le falta la angustia y el desgarramiento: «Mi corazón se me revuelve dentro y mis entrañas se estremecen» (Oseas).

En el Corazón de Jesús descubrimos el amor paternal de Dios en palpitación humana.

Este desgarramiento lo encontramos en el Evangelio de san Juan cuando nos dice: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo (...) Ahora mi alma está turbada. (...) Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!» (Jn 12, 24. 27).

Por Jesús sabemos también el amor paternal de Dios que nos expresa en la parábola del Hijo pródigo. Pero es que el mismo Jesucristo es realmente padre. Tendrá una descendencia infinita, la de los hijos nacidos de su inmolación. "Porque se da a sí mismo en expiación, tendrá descendencia" nos dice el profeta Isaías. «Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él» (1 Jn 4, 9). Y si es padre aquel de quien y por quien vivimos, ¿quién es más padre que Jesucristo? Somos hijos además en la proporción en que nos da su vida. A más

vida, más hijos. Independizarse de este Padre es un grave error. Alejarse del Corazón de Jesús es morir.

El Verbo nos amó desde la eternidad y en el seno del Padre se preparó un Corazón que latirá en latidos de amor. Cristo es mi Padre, y por Cristo y en Cristo, Dios es mi Padre. ¿Puede encontrarse más íntima consanguinidad?

Día 6. "SI NO OS HACÉIS COMO NIÑOS, NO ENTRARÉIS EN EL REINO DE LOS CIELOS" (Mt 18, 3)

¡Cómo debió grabarse la escena en la retina de los apóstoles! Jesús abrazando a un niño. Les enseñaba mediante la pedagogía de "lección vista, lección aprendida y lección aprendida, lección practicada".

Hacerse niño es difícil. Nuestra suficiencia no nos deja hacerlo. Pero cuántas lecciones nos dan. Y qué provechosas nos serían si las imitásemos.

—Papá, papá, yo —decía un chiquitín a su padre, queriendo pulsar el botón del ascensor.

—Pero hijo, si no llegas.

—No importa —dice el niño—. Si tú me aúpas…

¿Qué diría santa Teresa de este niño que sabe que en los brazos de su padre puede llegar a donde su talla no le permite?

Me cuenta un padre de familia que estando hablando con un compañero de su empresa, les acompañaba su hijo de cuatro años. En la conversación surgen multitud de problemas y dificultades. De pronto el amigo se dirige al niño y le dice:

—Y tú, Luis, ¿no tienes problemas?

—No —respondió—. Yo soy un niño y los niños no tenemos problemas.

¡Qué bonito! Pero qué difícil, cuando debiera ser tan sencillo. Saber hacerse niño.

Me contaba un amigo la conversación entre su esposa y su hijo menor de ocho años:

—¡Cuánto te quiero, hijo mío! —le dice su madre.

—Yo te quiero más —responde el niño.

—No, un hijo no puede querer más a su madre que ella a él.

—Sí, mamá, porque soy un niño y no tengo problemas, y te puedo querer del todo.

¿Por qué no esforzarnos en hacernos niños? Jesús nos lo solicita: si no nos hacemos como niños no entraremos en el Reino de los Cielos. Parece que debería ser sencillo y bastarnos el abandono total en brazos del Padre de los Cielos para cumplir la exhortación del Señor, pero el Reino de los Cielos padece violencia y sólo lo arrebatan los esforzados que se la hacen (Mt 11, 12). El esfuerzo merece la pena. Todo consiste en empequeñecerse. Buscar el último lugar. No querer ser personita. No complicarse. Confiar y abandonarse en Dios. Poner el futuro en sus manos providentes y el pasado en sus llagas misericordiosas. Vivir el presente en su regazo de Padre-Madre.

El peligro está en nuestro querer ser grandes e importantes. ¿Cómo saber ser pequeños y aceptar nuestra verdadera dimensión? Vayamos a la Virgen. El afecto por nuestra madre, el cariño a su ternura, la mirada a sus ojos maternales, nos devuelve a nuestra infancia espiritual. Ella nos hará sencillos, puros, transparentes, pequeños, predilectos de su Corazón. Ella nos hará fuertes por la paciencia, de corazón humilde, verdaderos hijos en sus brazos de Madre.

Día 7. "EL QUE COME MI CARNE Y BEBE MI SANGRE, TIENE VIDA ETERNA" (Jn 6, 54)

Según Orígenes, uno de los nombres de Jesucristo es Misericordia. Una vez que nos acercamos a este Corazón misericordioso, entramos en el mayor regalo de sus misericordias que en el extremo de su amor le llevó a dársenos por alimento.

Entremos en esta locura de amor divino. Cuando Jesús estaba para salir de este mundo, fue cuando más mostró el fuego de su amor. En el momento de morir, cuando el hombre se agarra más a la vida y se olvida de todo, Jesús se desprende de la suya y se acuerda de nosotros. Y hecho pan se dio a los suyos en alimento. Y los suyos comieron para tener vida. Él muere, nosotros vivimos.

"Haced esto en memoria mía". ¿Qué nos querías decir al pedirnos un recuerdo? Si somos unos miserables gusanillos, ¿qué te importaba nuestro recuerdo? Es que sabías que sin ti no podemos movernos. Y que, aunque seamos de corazón duro, la memoria de tus obras, tus trabajos, tu misericordia y tus padecimientos, tendrán fuerza para ablandar nuestros corazones.

Sí, Jesús, necesitamos comerte. Comerte a Ti es comer a Dios. Carne de Dios abrasada en una cruz. Donde, dice san Juan de Ávila, "le dieron una vuelta y otra vuelta. Un tormento y otro tormento y tantos cuantos Él solo, que los pasó, los conoce".

Así, muriendo y no matando, te hiciste alimento de paz y de concordia. Por eso los primeros cristianos «eran un solo corazón y una sola alma» (Hech 4, 32).

Nosotros pedimos con la Iglesia el don de la paz y de la unidad. Pero ¿por qué no somos uno? Porque cada cual busca su provecho y no el del otro. Nos cuesta desaparecer.

¿No será que no te comemos o te comemos mal? Si te comemos bien debemos dejarnos comer. Ser Tú significa vivir muriendo. Y morir por Ti y contigo, pues nos haces UNO; es el cántico triunfal de san Pablo a los Gálatas: «Con Cristo estoy clavado en la Cruz y vivo yo, mas ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (2, 20).

De muchos granos de trigo y muchas gotas de vino, Tú haces un único Cuerpo y una sola Sangre, haznos UNO, Señor, puesto que lo pediste al Padre.

He aquí nuestro remedio: Somos carne de la carne de Jesucristo, y hueso de sus huesos. Mirémosle a Él y no a nosotros. Si te miras a ti desfalleces. Mirándole a Él confías.

Si al cruzar un río miras al agua, pierdes la cabeza y caes. Mirar al agua es mirar tus obras, tu pequeñez y miseria. Mira hacia arriba o al que llevas dentro. No mires tus méritos, sino los suyos. Cantarás victoria con san Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4,13).

Día 8. "¿TAMBIÉN VOSOTROS QUERÉIS MARCHAROS?" (Jn 6, 67)

La soledad de Jesús es sin duda uno de los misterios más dolorosos de su vida. ¿Hasta dónde llegó la soledad de Jesús? La oración nos lleva a intuir algo, pero nunca lo suficiente. Porque, ¿quién podrá penetrar en la altura y profundidad del misterio escondido en Cristo Jesús?

Recuerdo la profunda impresión que me produjo la escena que voy a narrar y que llevo muy grabada en mi memoria. Me asomaba a la ventanilla del tren momentos antes de su salida. En la estación multitud de personas despedían a un numeroso grupo de hombres que partían destino a Alemania en los años de la emigración. A mi lado uno de ellos no se cansaba de besar a un niño pequeñito que le acercaba su mujer. A otros niños más mayorcitos los cogían incesantemente las manos que alargaban levantándose en puntillas y estirando los brazos. Sonó el silbido de partida y arrancamos. Agitar de pañuelos, voces de despedida. Mi compañero de ventanilla sacaba medio cuerpo para hacerse visible. Luego, metiéndose levantó lentamente el cristal. Se apoyó en una pequeña barandilla con la frente pegada a los brazos. Poco a poco sus hombros comenzaron a convulsionarse; respiraba profundamente hasta que arrancó en un llanto tan fuerte… Decidí separarme de él para no reprimir con mi presencia un desahogo que necesitaba. Aquel hombre quedaba completamente solo.

¿Habéis sentido algo similar? Entonces estáis algo preparados para penetrar en los sentimientos de soledad del Verbo que vino a los suyos sin que los suyos le recibieran.

Jesús se ha sentido solo incluso ante la Virgen y José, quienes en el episodio de la pérdida a los doce años no entendieron las palabras que les dijo. Soledad de sus propios familiares que llegaron a tenerle por loco. De los escribas y fariseos, teólogos de la época, que dedicándose

a investigar la Escritura no le conocieron. De las masas, que entendiendo un falso mesianismo quisieron coronarle rey, pero Él alejándose oraba a solas.

Soledad ante los de Nazaret, que quisieron precipitarle al abismo, pero Él, pasando por en medio de ellos se alejaba en soledad. Soledad de los elegidos por Él: en la noche del Jueves Santo —en que los había ordenado sacerdotes— abandonándole todos, huyeron.

Y la más inescrutable de las soledades, la de la Cruz hasta clamar: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?" Nuestro peligro está en evadirnos de todas estas soledades, como si no nos compitieran, como si hubieran sido ocasionadas por otros. Por eso van para nosotros las palabras dirigidas a sus discípulos con motivo del famoso discurso de Cafarnaúm. Los mismos que poco antes le buscaban para hacerle rey, ahora asombrados por la exigencia de su doctrina le abandonaban. Y muchos de sus discípulos no creyeron más en Él, por lo que dirigiéndose a los Doce les preguntó: "¿También vosotros queréis dejarme solo?"

Estas palabras se me clavan en el alma. Porque al menos yo las siento sobre mí. Y entiendo que cualquiera que sea la deserción, cuando uno se aleja de Jesús, éste queda en espantosa soledad. Cuando Jesús pregunta "¿También vosotros me dejaréis solo?", significa que los que se fueron le dejaron solo, abandonado, se separaron, se alejaron de un Corazón que les ama y reclama su vuelta, su presencia.

Esta soledad martillea hoy en una Iglesia que ve alejarse a sus hijos tan queridos. Esta soledad que fue drama de ayer lo sigue siendo hoy en el Corazón de Jesús.

Tú, que lees estas líneas, escucha la pregunta de Jesús, misterio insondable de amor y soledad. Él, verdadero Dios y verdadero hombre, permanece esperándote. ¡Tiene tantas cosas que decirte! Y tú ¡tanta necesidad de escucharlas! Son palabras de Vida eterna.

Día 9. "SI ALGUNO TIENE SED, QUE VENGA A MÍ Y BEBA" (Jn 7, 37)

Siempre me ha impresionado mucho, en mis ratos de oración, este grito de Jesús.

Me he preguntado qué sentiría el Corazón de Jesús en sus fibras más íntimas para lanzar a las masas una exclamación que muchos podrían juzgar propia de un demente.

Imaginemos la escena. San Juan se cuida muy bien de explicarnos que era el último día, "el día grande de la fiesta de los Tabernáculos". Se estaba celebrando el rito del agua. La multitud era impresionante. Y de pronto una voz que grita para que llegue a todos: "Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba".

¿Quién puede sondear las profundidades del alma de Jesús?

Yo le imagino mirando a aquella masa, traspasándola y, con su mirada de Dios, contemplando a todas las generaciones de todos los tiempos. No ha podido aguantar más. Su voz se ha levantado en un grito que suena a lamento: "Sedientos, venid a las aguas". "Hombres y mujeres de todas las épocas. Salisteis de Mí y vuestro corazón permanece inquieto hasta que en Mí descanse".

Yo siento ese lamento en mis horas de oración ante el Sagrario. Siento que me martillea cuando camino por las calles, cuando viajo, cuando las tardes de días festivos los rostros miran, buscan, beben placer y los corazones permanecen secos, cuando veo a mi alrededor avidez de dinero, de confort, de soberbia, de mando. Cuando los luminosos y las carteleras de espectáculos parecen repetir: "Todo esto te daré, si postrándote me adoras".

Entonces me uno a Jesús, el auténtico Mesías que vive en mí, y me lleno de sus sentimientos. Y querría gritar a grandes voces, a todos, niños y grandes: "Si tenéis sed, id

a Cristo, bebed". Pero sufro y me callo porque temo que me miren, me desprecien, se rían, me tachen de loco.

Él no. Él sigue gritando aún hoy por si alguno lo oye.

¿Quién? Alguno. Quizás tú.

Yo le escuché un día y acudí a beber. Ahora vivo contagiado de su locura. No me arrepiento.

Día 10. "PARA ESTO HE VENIDO AL MUNDO, PARA DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD" (Jn 18, 37)

Cuando invocamos al Espíritu Santo pedimos luz para la inteligencia y fortaleza para nuestra voluntad. Y es que aunque sea la inteligencia la que ve la verdad, ésta puede no entenderse y en consecuencia no vivirse si la voluntad no se determina a obrar lo que con la razón tan claramente entendemos.

Jesús ha venido para dar testimonio de la Verdad. Él mismo es la Verdad. ¿Por qué, pues, cuesta tanto seguirle, si vivir la Verdad es obrar el bien y esto engendra siempre la paz?

Puede ser que nos dejemos seducir por los engaños del Maligno —mentiroso y padre de la mentira— y demos la espalda a Cristo frívolamente, como hizo Pilato retirándose de Jesús, sin esperar respuesta, y preguntando: "¿qué es la Verdad?"

Escribo estas líneas en el mes del Corazón de Jesús exponiendo mis reflexiones para ti, que como yo te debates entre la verdad y el error.

"Quien quiera venir en pos de Mí, tome su cruz de cada día y sígame". Está clarísimo que quien no quiera ir contigo no te seguirá, pero se quedará con su cruz. Y mientras Tú has prometido hacer nuestra carga ligera, el que no te sigue, carga con todo su peso él solo. ¿Cómo pueden ser tan pocos los que te siguen? Y los que te seguimos, ¿cómo es que tratamos de ahuecar la cruz, si en ella está la salvación y hay más gozo que dolor, aunque haya dolor pues si no, no sería cruz?

Al joven rico le aconsejaste, invitándole a la perfección, que diera todo a los pobres y luego volviera a Ti y te siguiera. De donde se deduce que contigo no hay pobres.

No cabe duda de que los pobres según Tú, Señor, no son los que te siguen. Los pobres son entonces esos que están entre los muertos que entierran a sus muertos. El que se empobrece por Ti, que eres el tesoro escondido, la perla preciosa, se enriquece en Ti.

Das el cien doblado al que te sigue y además la vida eterna. Y Tú eres la Verdad que no engañas ni te engañas. ¿Cuál es, pues, nuestra ceguera que no te buscamos a Ti solo?

¿Será cierto que nos dejamos seducir por el diablo, que a Ti mismo te subió a un monte elevado y te prometió darte todos los reinos del mundo a cambio de que te postrases ante él? ¿Cómo no le respondiste: "Mentiroso y padre de la mentira, nada de lo que me ofreces puedes darme, pues todos esos reinos son míos y de mi mano salieron porque por Mí fueron creadas todas las cosas"?

Jesús, Verdad única y total. Dame luz para rasgar las apariencias de las cosas. Sin Ti soy el hombre más pobre del mundo. Contigo nada me falta. Belén, Nazaret y el Calvario se convierten entonces en la riqueza de tus elegidos.

Nadie más atesorada que tu Madre, que contigo en sus entrañas aplastó la cabeza de la serpiente. Ella sólo se sintió verdaderamente pobre en los tres días que te perdió hasta encontrarte en el templo.

Virgen Madre del que vino a dar testimonio de la verdad, concédenos ser liberados de las asechanzas del Maligno. Haznos caminar en la Verdad y discernir y desechar el error. Así nuestros frutos serán siempre la paz, el bien y el amor.

Día 11. "ÉSTE NADA MALO HA HECHO" (Lc 23, 41)

Dios, rico en misericordia, nos ha expresado su amor hasta el extremo en el Corazón de Jesús crucificado y llagado. Y de este amor misericordioso ha querido Juan Pablo II hacerse pregonero, desde el comienzo de su pontificado, con la Encíclica *Dives in misericordia*.

Quisiera, pues, acercar a cuantos lean estas líneas, a la confianza en el amor misericordioso contemplando a aquel ladrón que crucificado con Jesús, nació a la vida eterna al descubrir desde su tormento el inmenso amor de Dios para con el hombre.

Dimas, así lo llama la tradición, no había visto los milagros de Jesús, ni escuchado su doctrina. Solamente le había contemplado caminando junto a él y su otro compañero de calamidades. Le vio coronado de espinas, la espalda destrozada por la flagelación rasgándose más al roce con el madero; un cartel irrisorio sobre su cabeza sangrante. Escuchó las burlas de los que pasaban insultantes y blasfemos; vio a los soldados jugándose a los dados la túnica de una sola pieza. Pero fue al mirar a la madre de aquel crucificado tan extraño, cuando empezó a descubrir que el hijo de tal madre y la madre de tal hijo exteriorizaban la paz y el amor que él había mendigado toda su vida. Y creyó. No tenía libre más que su lengua y gritó descubriendo en sus palabras lo que todos se negaban a descubrir: aquel crucificado era Dios, era Rey, y sobre todo era Dios y Rey de misericordia. Y en el colmo de la confianza, reconoce su miseria: "Yo estoy aquí justamente condenado". Y mirando a aquel Jesús Nazareno, Rey de los Judíos, se hace audaz y pide un recuerdo para él. "Cuando llegues a tu Reino", porque ese Rey es Dios: ¡Señor! ¡Kyrios!

Dice san Agustín que "todos los que vieron a Cristo resucitado, titubearon antes de creer. Este ladrón, en cambio, cree al verle morir". Y san Juan Crisóstomo dirá:

“Ve a Jesús en los tormentos y le adora como si estuviera en un trono; ve a un condenado y le llama Señor; ve a un crucificado y le proclama Rey”.

¡Qué consuelo para la Virgen! ¡Con qué ternura le miraría! Estaba crucificado con su hijo. No es un jornalero que haya trabajado en la viña del Señor en la última hora. Este bandido condenado por maldades de las que se reconoce culpable, pide limosna a la hora en que otros cobrarán su salario, y él presenta sus manos sucias y vacías. Jesús le paga con la promesa de entrar con Él en el Reino de los Cielos.

Acudamos a la Virgen Madre cuando queramos acercarnos al Corazón Misericordioso de Jesús. Juan Pablo II nos dice: «María es quien conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina. Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llamamos también Madre de la Misericordia, Virgen de la Misericordia o Madre de la Divina Misericordia» (*Dives in misericordia*, 9).

¡Oh, Dimas!, mi buen ladrón. ¡Me has enseñado tanto! ¡Es tan consolador contemplarse en ti!

¿Qué has hecho para alcanzar de Jesús la promesa inmediata de vivir y reinar eternamente?

Tú, que tenías que odiar a ese Jesús, pues por su causa perdiste la oportunidad de ser libertado en permuta con Barrabás.

Tú hiciste que, antes que a la Madre querida, Jesús te hablara desde la cruz. A ti, el hijo perdido.

Todo empezó cuando, olvidado de tu dolor, pusiste los ojos en la madre de aquel crucificado. No entendías aquellas lágrimas sin odio. Tú habías estado maldiciendo a su hijo y Ella te miraba con ternura.

Y ahora, el Hijo clamaba al Padre pidiendo perdón para los que tenían que ser sus enemigos. Fue la gracia definitiva.

Al olvido de ti siguió el reconocimiento de tu miseria: "Nosotros estamos aquí justamente condenados". Reconocer que la cruz es justo castigo, siendo la cruz el más horrible de los tormentos de muerte, supone aceptar toda la inmensa miseria de tu vida.

Pero tu confianza llegaba a los límites de la audacia. Y pediste un recuerdo de aquel rey coronado de espinas, que tapaba su desnudez con manto de sangre. Sólo tú, mi buen ladrón, rasgando apariencias, descubriste al Rey del Universo.

A tu confianza audaz respondió la misericordia infinita de quien te había escuchado, agradecido, compadecerte de Él. "Pero éste, ¿qué mal ha hecho?"

Y aquel Divino Corazón, que iba a decir a un alma santa: "No me importan las miserias, lo que quiero es

amor. No me importan las flaquezas, lo que quiero es confianza", se volcó en ti. Miserable criminal, le pediste un recuerdo y te prometió el Paraíso.

Las palabras: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso", me dicen que una vida de pecado y crimen puede transformarse por la misericordia divina. Tu dolor, compasión y confianza lograron borrar los pecados y las más horrendas bajezas de un malhechor, hasta abrir las puertas a la presencia del Dios Santo.

En el día de la resurrección de la carne, te gloriarás de haber estado con Cristo clavado en la cruz y de llevar en tu cuerpo los estigmas de la Pasión. La inmerecida cruz de Jesús santificó la por ti bien merecida. Esto me arrebata en confianza y amor agradecido. Pongo como tú los ojos en el crucificado para decirle: "Dame también a mí, Señor, tu gracia para no perder el ánimo de esperarlo todo de tu bondad. Para no perder el valor de decirte, aun cuando yo fuera el peor de los criminales: ¡Señor! Acuérdate de mí cuando entres en tu reino".

Día 13. "YO TE ASEGURO: HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO" (Lc 23, 43)

Dimas y Gestas, así llama la tradición a los ladrones crucificados junto a Jesús, estaban aquel día muy contentos. Con motivo de la fiesta de la Pascua había que liberar a un preso. Entre ellos y Barrabás la opción estaba hecha. Podían, pues, ser libertados aquel mismo día.

No fue así. La elección que se ofreció al pueblo judío fue optar por Jesús o Barrabás. Y ahora, no sólo no había liberación sino que se anticipaba la condena de muerte. Era como para odiar a aquel nazareno. Así se deduce de los Evangelios. Tomando su cruz fueron en pos de Jesús, maldiciendo. Y maldiciendo continuaron en la cruz. Hasta que uno de ellos —ahora le llamamos el buen ladrón— puso los ojos en la Virgen María. Así es como yo veo su conversión.

¿Quién era aquella mujer que les miraba tan dulcemente? El había llegado a esta situación porque, sin duda, no tuvo una madre que le diera cariño. Pero ahora había allí una madre que le miraba como si también él fuese hijo suyo. Si en el mundo había ternura, estaba, en estos momentos, sintiéndola acariciadora. No, nadie que tuviera a esta mujer por madre, podría ser un bandido.

Volvió los ojos a Jesús. Sobre la cabeza coronada de espinas leyó: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos". En ese momento vio cómo apoyándose en el clavo de los pies, con un gran esfuerzo se colgaba de los clavos de las muñecas y, alzando los ojos al cielo, clamaba pidiendo perdón a su Padre. Un perdón que sonaba a universal. Para todos. Incluso para él, un malhechor de la peor condición. Sí, en este momento supremo era inútil justificarse. Toda la miseria de su vida estaba junto a él; él mismo era sólo eso, miseria y pecado. Y quiso proclamarlo públicamente. "Nosotros estamos aquí justamente condenados. Pero éste, ¿qué mal ha hecho?"

Son las únicas palabras de compasión que escuchan los oídos de Jesús crucificado y de la Madre dolorosa. El Corazón fatigado de Jesús y el corazón traspasado de la Virgen, latieron juntos para aquel hombre, en gratitud y bondad inexpresables.

Todo un proceso de gracias de perdón y misericordia había entrado en acción. Y a la confesión y reconocimiento de su culpa, siguió una explosión de fe en lo que todos habían negado. Aquel crucificado que tenía por trono una cruz, por manto real su propia sangre, por corona regia cientos de espinas entrelazadas, y por cetro, unos clavos, era Rey de vida eterna y Señor de todo lo creado. "¡Señor!" gritó. "Acuérdate de mí cuando estés en tu reino".

La miseria te ha hecho humilde y la humildad confiado hasta la audacia. Y la respuesta no se hace esperar. Pides un recuerdo y se te concede una herencia de hijo. "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Desde ese 'hoy' reinas con Cristo. Has llevado en tu carne los estigmas de la Pasión. Puedes también gritar a todos: «Con Cristo estoy clavado en la cruz y vivo yo, ya no yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20). Tú te glorías sólo en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en la cual está la salvación, la vida y la resurrección. Por esa cruz hemos sido hechos salvos y libres. En ti ha sido canonizada la confianza audaz, sin límites, en la infinita misericordia de Dios que, para un corazón contrito y humillado, jamás tiene desprecio.

Y tú, Dimas, mi buen ladrón, me invitas a descubrir en la Virgen Madre, la expresión sensible de las ternuras divinas, en donde se inician las más estupendas conversiones. Porque tus ojos fueron llevados de la Madre al Hijo. Y mirándola a Ella te encontraste con Jesús, que significa Salvador.

Día 14. "SI ALGUNO QUIERE VENIR EN POS DE MÍ, TOME SU CRUZ CADA DÍA Y SÍGAME" (Lc 9, 23)

No le demos más vueltas: El seguimiento de Jesús exige la cruz.

Estamos en el mes del Corazón de Jesús. Y la devoción al Corazón de Jesús es al Amor que es ofendido y pide reparación. Es el Amor que llega a todos, pide nuestra cruz de cada día, única fuente de vida y apostolado.

Cruz en la que probamos nuestro amor con obras. En la que reparamos al Dios ofendido. Con la que extendemos la Iglesia universal, conquistando nuevos miembros.

Y entendemos aquí por cruz la de cada día, aquella que molesta a nuestra naturaleza, la que contraría nuestro capricho, la que exige doblegar el amor propio, el orgullo, el criterio personal, la antipatía hacia con quien convivo...

Esas cruces aceptadas con resignación, engendran paz, y llevadas con amor nos hacen santos.

Cruces que ni siquiera hay que buscar porque nos vienen solas. Dios en su providencia, a través de personas, cosas, circunstancias, irá fabricando mi cruz.

¿Podemos rechazar la cruz, si viene de nuestro Padre?

Todo el mundo tiene que pasar por la cruz. Porque cada día tiene su cruz. Y Dios es tan bueno que la que pone en nuestros hombros es la que mejor va a nuestras fuerzas.

Viene bien recordar lo que le sucedió al hombre aquel. Se quejaba de que su cruz era insoportable. Una noche soñó que Dios le llevaba a un lugar inmenso donde estaban alineadas todas las cruces del mundo. "Elige la que mejor te vaya", dijo el Señor. Él buscaba y rebuscaba entre las más pequeñas; pero todas pesaban lo suyo. Al fin, después de remirar todas las cruces habidas y por haber, encontró una chiquitaja que le pareció menos

molesta y podría llevar con cierto garbo. “Mira a ver la persona a quien corresponda para que hagas el cambio”, dijo la voz de Dios. Y al dar la vuelta al madero vio sorprendido su propio nombre. La cruz de que tanto se había quejado era la más ligera.

No hay, pues, que quejarse. El que ama a Jesús se lo demuestra en el dolor. Un amor que lo rompiera el dolor no es amor verdadero.

El dolor nos asemeja a la Virgen y a Cristo. Esto ya es gran gozo. Y un gran gozo es saber que con la cruz gano almas y cielo. Si sobrenaturalizamos, encontraremos en la cruz más gozo que dolor.

Pidamos a la Virgen este amor a la cruz. Y en estos tiempos, cuando tantos huyen de la cruz, sepamos como la Virgen “estar” firmes junto a ella.

Día 15. "¡OH DIOS, TEN COMPASIÓN DE MÍ, QUE SOY PECADOR!" (Lc 18, 13)

Cuando uno se dirige a Dios desde la más profunda miseria. Desde la hondura de su nada y pequeñez, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias, como dice el salmo.

La terrible tragedia del hombre moderno es no caer en la cuenta de su indigencia. La altanería humana, enorgullecida en sus avances tecnológicos y en filosofías que arrancan de las pasiones más bajas, no deja ver la profunda oscuridad en que se vive.

Estas líneas no se escriben para autosuficientes; se escriben para aquellos que se sienten pobres y miserables, que peregrinan en busca de la luz, pero desconfían de merecer recibir el perdón y la paz que ansían.

Vosotros, todos a quienes vuestras miserias os han hecho pequeños, sabed que Dios os ama, os espera, os acoge como no puede hacerlo ni la más tierna de las madres.

Bienaventurados aquellos que no tienen nada a que agarrarse sino la misericordia de Dios. Si vamos a Él diciendo: "Ten piedad de mí", no tiene otra solución que apiadarse.

Cuando los títulos que presentamos son nuestra pobreza total y absoluta ante Dios, Él se adelanta con los brazos abiertos.

Miradle con el hijo pródigo, con la hija de Jairo, con la viuda de Naín. Nuestro Dios es un Dios amable y compasivo. Su corazón no cambia. Lo que dice a otros en el Evangelio me lo dice a mí. "No llores —dijo a aquella viuda—, porque me haces llorar a mí".

Con Lázaro, al ver en sus hermanas las lágrimas de toda la humanidad, lloró también Él. Se compadeció de las turbas e hizo un milagro portentoso para darles de comer.

Mayores milagros hará para saciar el hambre de Dios que hoy padece el hombre.

Y cuando un alma se postra ante Dios, no hay nada en la creación tan importante como aquella alma. Y si hay que hacer un milagro lo hará y la consolará. Es el poder de las lágrimas suplicantes, ensalzando al que se humilla. Es la fortaleza de Dios para quien confía ciegamente en el cariño ilimitado que le tiene.

Por muchas que sean tus penas, tus miserias, tus infidelidades, debes verte como el objeto de las caricias del corazón de Jesús. Eres de su familia. Por el bautismo te hizo hijo y no siervo. Debes andar con temor de cometer indelicadezas con Él, pero también debes saber que puedes acercarte y que te ama siempre.

Y, sobre todo, pon tus lágrimas junto a las lágrimas de la Iglesia, preséntalas en las manos de la Virgen, madre de la Iglesia y reina de misericordia. Alcanzarás todo lo que pides y, lo que es mayor aún, permanecer fiel en medio de tu insignificancia y pequeñez.

Día 16. "CON VUESTRA PERSEVERANCIA SALVARÉIS VUESTRAS ALMAS" (Lc 21, 19)

La prisa mata el amor. La prisa no es buena. La prisa suele ser contraria a la virtud de la paciencia. Hablamos de esa prisa orgullosa, que busca el éxito aparente. Busca más la gloria propia que la de Dios.

Tenemos prisa por ser santos, por conquistar un mundo para Cristo, pero perdemos la paz cuando vemos nuestros lentos progresos; más aún, el retroceso en nuestros planes y proyectos.

Olvidamos que es la paciencia por la que se nos ha prometido poseer nuestras vidas, y que el que persevere hasta el fin será salvo. Las obras no se perfeccionan sino en la paciencia, y los hombres no se salvan sin la paciencia.

San Pedro Claver esperó veintidós años hasta lograr la conversión de un mahometano. Y es que los planes de Dios se realizan mejor entre contradicciones y sufrimientos, siempre que no desfallezca nuestra paciencia y confianza en la espera.

Somos impacientes porque no somos humildes. El corazón de Jesús es manso, paciente y humilde. Ama la humillación y el desprecio, y nos da su fuerza para imitarle. Pero nuestro «punto de honra», que diría santa Teresa, nos hace creer que es necesario correr, avanzar vertiginosamente en la empresa comenzada. Y si no vemos progresos, nos desalentamos.

Ponemos la mirada en nosotros, en nuestra obra, y no en el Señor. Y así estamos perdidos, porque acabamos por desmayar en el camino. Al desmayo sigue la caída y la defección. Creemos que no agradamos a Dios, que son nuestras miserias la causa del desastre; y en todo ese mirarnos a nosotros mismos, el diablo no nos deja ver que lo que no agrada a Dios es el orgullo que hay oculto tras nuestro desaliento.

Contentémonos con que somos amados por Dios a causa de su bondad, y no porque lo merezcamos por nosotros mismos. Si nos miramos a nosotros solos, acabaremos por asquearnos de tanta miseria. El tiempo que perdemos en mirar nuestra miseria ganémoslo en mirar la misericordia del Señor. Sacaremos mucho más fruto.

Meditemos estas palabras de san Juan de Ávila: "Si una esposa parece muy hermosa a su esposo, porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué importa que ella no sea tan hermosa, pues lo es a los ojos de su esposo? (...) ¿Qué os falta, pues tenéis en el cielo quien os ama, y a cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de sus llagas que por ti padeció, y por las cuales os dio su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea?" ¿No es cierto que estas palabras del santo son alentadoras para los que nos sentimos desfallecer?

En consecuencia, no perdamos la paz, no nos impacientemos ni tengamos prisas. Tal como somos nos ama el Señor. Acudamos a la Virgen. Es su humildad la que la hace fuerte. Jamás se miró a sí misma, consciente de que era Dios el que tenía "puestos sus ojos en la pequeñez de su esclava". Por eso fue paciente y supo esperar. La prisa en Ella fue sólo ante una obra de caridad inmediata: Visitar a su prima Isabel o ayudar a los novios en las bodas de Caná de Galilea. Pero está siempre envuelta en la calma serena de quien camina bajo la mirada amorosa de un Dios paciente y eterno. Imitémosla. Mejor aún, dejémosla hacer en nosotros. Ella nos hará pacientes, humildes en la espera; abandonados y confiados en el Padre de las misericordias, quien desde la eternidad y para dejarnos en nuestro justo sitio nos prueba a través del llamado por nosotros factor tiempo.

Día 17. "SEÑOR, ¿A QUIÉN VAMOS A IR? TÚ TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA" (Jn 6, 68)

"¿A quién iremos?" preguntó Pedro. Sólo Tú tienes palabras de vida eterna. Sólo Él es luz, verdad y vida. En Él no hay oscuridad, mentira, muerte. Si muchas veces estamos en tinieblas, es por seguir nuestro juicio, olvidando el juicio y el querer de Dios.

¿A quién iremos? ¿Dónde encontraré amigo y compañero que sea tan bueno para perdonar, tan pacificador para contemplarle, tan sabio para aconsejar y tan bueno para amar?

¿Dónde podré encontrar otro que volviera a morir por mí, si fuera necesaria, otra muerte en cruz? ¿Dónde podré encontrar, si no eres Tú, alguien que me ame con tanto amor?

Conocerle, amarle y vivirle debe ser la meta y objetivo fundamental de nuestra vida.

Pero este conocimiento tan alto no se puede alcanzar sin otro conocimiento tan bajo como es el de uno mismo: el conocimiento propio. No nos olvidemos nunca de esto.

Si su amor mató en mí a aquel que fui, ya no puedo vivir para lo que antes vivía. Ahora he de vivir para los intereses del Corazón de Jesús y la gloria de Dios.

Somos siervos de Dios, no de otros señores que —por ser pasiones desordenadas mías— me gobiernan despóticamente.

No quiero volver a probar la amargura de este mundo.

No lo consientas, Madre mía, que por hijo me tomaste al pie de la Cruz. Haz que conozca a Jesús y que me conozca a mí. El primer conocimiento tan alto no se logra sin el segundo tan bajo. Pero además de conocerte, haz que le sirva. Porque "ser bueno para sí, es cosa

imperfecta; el serlo para otros y no para sí, es cosa dañosa. Será grande en el Reino de los cielos, el que siendo bueno procure hacer lo mismo a los otros" (san Juan de Ávila).

Día 18. "SEÑOR, AQUEL A QUIEN TÚ AMAS ESTÁ ENFERMO" (Jn 11, 3)

Lo propio del amor es abajarse, condescender, es decir, descender con el que se ama. El *Agua Viva* que en esta ocasión escribo trata de acercarte a este Trono de la Confianza que es el Corazón de Jesús, en el que los más miserables son los mejor acogidos.

Acabamos de abrir las puertas de un Año Santo de Redención. A 1950 años del sacrificio de Cristo en el Calvario, el Señor sigue abajándose, condescendiendo con el hombre, al que tanto amó el Padre, que le entregó a su Hijo único.

Así, seguros de su amor misericordioso, podemos acudir a Él con la oración del que se sabe tan amado que no suplica, sugiere: «¡Jesús!, el que amas está enfermo» (Jn 11, 3).

Las hermanas de Lázaro supieron tocar las fibras más delicadas de los sentimientos de Jesús. Antes, la Virgen María había obtenido el primero de los milagros de su Hijo en Caná de Galilea con una sugerencia semejante: «No tienen vino» (Jn 2, 3).

Hoy, si miro dentro de mí, me encuentro tan enfermo de egoísmo, tibieza, vanidad, pereza… Mi corazón, mi vida toda se ha enfriado: "El que amas está enfermo".

Fuera de mí, guerras, terrorismo, drogas, aborto, divorcio, corrupción moral, suicidios, conflictos raciales, luchas políticas, envidias, divisiones en el seno de las familias —aun las religiosas—, pérdida de la fe, olvido de los valores trascendentales, blasfemias, burlas a lo sagrado, deserciones y rotura con vínculos que ligaban a Dios: "El que amas está enfermo".

Y esa terrible enfermedad de la vulgaridad, del conformismo, del contentarse con permanecer en el barro sin caer en la cuenta de nuestra triste situación. El peor

enfermo de una sala es aquel que tiene el rostro lleno de moscas y no se las quita. Cuando se está así, aún se vive, pero ya se está muerto.

Los aturdidos por esa trilogía de sexo, droga, rock, son jóvenes con fuerza para volar alto y que se arrastran con el vientre pegado a la tierra: “El que amas está enfermo”.

Pero yo espero en tu bondad. Confío y espero. Y mis ojos se elevan al cielo, seguros de encontrarte compadecido. Mi voz grita buscando oídos de otros que se unan al clamor de mi plegaria, que conmigo te digan: “Señor, el que amas está enfermo”. Miles, millones de plegarias en todo el mundo han de unirse a mi voz. Porque Tú, Dios misericordioso, estás a la escucha y tu corazón se inclina con pena y amor hacia nosotros.

Esta enfermedad es para gloria de Dios, me dices, y aunque retrasas tu momento, espero confiado el instante en que grites: “¡Lázaro, sal fuera!”, y los enfermos, los muertos, vuelvan a la Vida.

Santa Madre de Cristo, rico en misericordia, intercede por nosotros.

Día 19. "NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN. CREÉIS EN DIOS, CREED TAMBIÉN EN MÍ" (Jn 14, 1)

Al comenzar nuestra reflexión debemos acercarnos primero a la Virgen. ¡Bienaventurada porque ha creído!

Estamos detenidos en nuestro caminar hacia Dios por falta de confianza. Se turba nuestro corazón por falta de confianza. Jesús no se cansa de exhortarnos a ella.

Esta confianza arranca toda de nuestra fe en Jesucristo. La vida de Dios se transmite toda por Jesucristo. La vida divina que es Cristo en nosotros se desarrolla por la confianza plena en Él.

Es preciso tocar a Jesús con fe y confianza, como aquella mujer hemorroísa. Y si la gracia viene según la confianza que tengamos en Jesús, llenémonos de confianza.

Un obstáculo está en nuestra soberbia. Nuestras miserias tienden a frenarnos en ese acercamiento a Jesús. Y no ha de ser así. Él no es bueno porque lo seamos nosotros, sino que es bueno porque lo es. Así, pues, hemos de servirnos de nuestras miserias para atraer a Dios, sin apoyarnos en nosotros sino en Él. La miseria atrae la misericordia. Y Jesús nos ha dicho: «a ninguno que venga a Mí, yo lo echaré fuera» (Jn 6, 37).

¿De dónde brota esta confianza? Del amor infinito que Jesús me tiene. Él me lleva constantemente en su Corazón. No puedo dudar de su amor. Él me ha elegido desde la eternidad, me ama con entrañas de Padre y no se cansa de demostrármelo.

Otro motivo de confianza es su palabra que no falla: «No lo echaré fuera». Es un Corazón donde los más miserables son los mejor acogidos. Y es que las miserias no son obstáculo para el amor de Dios, que las transforma en bien nuestro. De la miseria nace la humildad como de los éxitos la soberbia. ¿Te has manchado? Corre a Dios

como el niño a su madre. Enseguida te pone otra vez limpio. Es muy fácil, pero hay que ser humilde, levantarse, ir a Jesús. A la falta cometida por flaqueza responde ahora con un acto de plena confianza en el Amor, y a continuación por ese mismo Amor, repara.

Hay que apoyarse también en la elección que Dios hizo de mí por el bautismo. Señor, mira que me elegiste y te voy a fallar. No se malogre tanto como hiciste por mí.

Apoyémonos también en los méritos de Jesús, que son de valor infinito. La confianza y fe viva son la llave que abre a las gracias de Dios. Mira a la Virgen, que rápidamente te pondrá junto a su Jesús. Si te cuestan las cosas, acude a Ella, piensa en la felicidad eterna que ganas. En que Dios confía en ti, te está esperando en ese preciso momento. Le das mucha gloria y se salvan muchas almas.

Confianza audaz en que puedes ser santo. Déjale a Él elegir tu santidad. A su modo, no al tuyo. Confía. Él elige más y mejor que tú. Recuerda al niño a quien Pío IX mandó meter la mano en un saco y retirarla llena de monedas de oro. El niño respondió: «Métela tú y dámelas. Tu mano es más grande».

Mírale en la Cruz entregándolo todo, desde su Madre hasta la última gota de sangre. Y piensa: El que me dio lo más, ya no me negará lo menos. Hallarás la paz en la confianza.

Día 20. "APRENDED DE MÍ, QUE SOY MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN" (Mt 11, 29)

Vamos a pedirle a la Virgen, a la Madre, que nos enamore del Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús es insondable. Es multiforme. Por mucho que se hable de Él, nunca acabaremos de profundizar. "*¿Quién podrá conocer la anchura, la longitud, la profundidad del misterio escondido desde los siglos en Cristo Jesús*?", dice san Pablo. Pero nos es imprescindible que la Virgen haga con cada uno de nosotros este milagro: Que el Corazón de Jesús nos cautive, nos vuelva locos por Él. Los santos han sido todos locos por Jesucristo.

En san Ignacio de Loyola, a través del librito de los *Ejercicios*, nos encontramos con un apasionado por Jesucristo. "¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?".

Tenemos que pedir a la Virgen: "Madre, enamóranos de Jesús, lo necesitamos. Necesitamos enamorarnos de Jesús locamente". Lo debemos repetir muchas veces.

Vamos a ver a Jesús, manso y humilde. "Aprended de Mí, que soy manso y humilde Corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". La benignidad del Corazón de Jesús, ¿de dónde nace? Pues nace de sus renuncias. Jesús es Rey. San Ignacio nos lo presenta en una meditación cumbre: "Rey Eterno y Señor Universal". Pero es un Rey que reina renunciando. El trono en el que reina es la cruz. La cruz es para el hombre la máxima violencia. No hay nada que nos resulte tan violento… hacerse violencia requiere… cualquier sacrificio. Cualquier acto de abnegación requiere violencia, y la máxima violencia es la muerte. Y la máxima violencia es la cruz. Y Jesús precisamente, el Corazón de Jesús manso y benigno, el que nos pide que todos los que estamos cansados y agobiados nos acerquemos a Él, es un Rey que renuncia a

la violencia. Y precisamente en la cruz, es donde más sinceramente ves que nuestro Dios, y nuestro Rey, renuncia a la violencia. Tan sinceramente renuncia a la violencia, que ha clavado las manos en la cruz. Jesucristo en la cruz, dice San Agustín, "ha renunciado a sus derechos divinos, y a sus derechos humanos". Las dos naturalezas que hay en Jesús: naturaleza divina y naturaleza humana, unidas hipostáticamente en una sola persona, persona Divina. Las dos naturalezas, como Dios y como hombre, han renunciado totalmente a sus derechos.

Como Dios, renuncia a castigar. Y como hombre, renuncia a quejarse. Y para que se vea que es sincero el deseo, ahí le tienes, con los brazos clavados en la cruz, para poder decir al mundo: No quiero castigar. "He venido para buscar lo que estaba perdido". "Mi nombre es Salvador, y vengo a hacer honor a mi nombre". "No he venido a ser servido, sino a servir, para la salvación de los hombres".

Nos resulta a nosotros inaudito, que Dios sea así, que haya venido el Hijo de Dios a la Tierra, y haya tenido este comportamiento para con nosotros. "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón". La profecía de Zacarías nos lo presenta precisamente así: "He ahí, que viene tu Rey sobre ti, humilde y sencillo, sentado sobre una asnilla". Es Rey, humilde. En lo único que realmente podemos decir que ha reinado es en escoger lo peor. En eso sí que es Rey. La mayor cruz para Él. Las mayores renuncias para Él. Escoger lo peor, el último lugar para Él. Ahí sí que no hay quien le gane, en eso es Rey; pero en lo demás, es mucho más amigo, mucho más hermano que Rey.

Día 21. "ABOGADO TENEMOS ANTE EL PADRE" (I Jn 2, 1)

Corazón de Jesús "Abogado". Abogado nuestro.

Nosotros somos pecadores. ¿Es posible que los hombres pecadores hallemos un Abogado? ¿Encontremos un Abogado que quiera defendernos de una ofensa como la que hemos hecho contra el Dios Padre Creador? Pues, san Juan -el Apóstol Evangelista- nos abre las puertas al decir que tenemos Abogado. "Hijitos míos, estas cosas os he dicho para que ninguno de vosotros peque, pero si alguno peca, sepa que Abogado tenemos ante el Padre, Jesucristo, el Justo". Fíjate qué rasgo añade: Jesucristo, el Justo. Y en la Carta a los Hebreos se nos dice: "Cristo Jesús da su mano. Patrocina al linaje de Abraham. Da su mano, hecha su mano al caído, al linaje de Abraham. Toma toda la deuda, todo nuestro castigo. Ahora la causa es tan nuestra como de Él. Aun del pecado, que Él personalmente no pudo cometer ni puede cometer, toma todo el peso y castigo.

Fíjate qué Abogado. Por eso dirá Juan de Ávila: "Yo, vuestro Abogado, que tomo vuestra causa por mía". Un Abogado acude al juicio y lleva la causa. Pues yo soy vuestro Abogado, que toma vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo vuestro Señor, que con mi sangre os compré. Yo vuestro Padre, por ser Dios. Y vuestro Hermano, por ser Hombre. Yo vuestra paga y rescate: ¿Que tenéis deudas? Yo vuestra reconciliación ¿Que tenéis enojo de Dios? Yo vuestro defensor ¿Que tenéis enemigos? Yo vuestro amigo. ¿Qué teméis os falte de cuanto yo tengo? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre. Vuestro mi corazón. Vuestra mi divinidad. Vuestra mi Madre bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa. Si os lo doy todo".

Y viene san Agustín, y a estas palabras de Juan de Ávila añade: "Magnífico Abogado. Conoce la causa es nuestro Hermano". ¡Cómo no va a conocer la causa, si es

mi Hermano! La defiende y gana. Es Hijo de Dios. Dice san Agustín, “si cuando uno confía su causa a una lengua elocuente, la gana, confiándote tú al Verbo de Dios, la palabra más elocuente, ¿has de perecer?”. Corazón de Jesús en ti confío”.

Abogado viene de *Advocatus*. Es decir, al que llamamos para que nos defienda. Aquel a quien llamamos como defensor. Abogado y Redentor: Jesús. ¿Quién presentará acusación contra nosotros? ¿Quién nos hará condenar a los elegidos de Dios? Cristo Jesús, que por nosotros murió, dice san Pablo. “Él ahora, a la diestra del Padre, aboga por nosotros”, dice la carta a los Romanos. ¿Quién nos hará condenarnos a los elegidos de Dios? Cristo Jesús, que por nosotros murió. ¿Él nos va a condenar? Ahora a la derecha del Padre aboga por nosotros. Y dice Juan de Ávila: “¿Pero puede el Hijo Santo en justicia defendernos? Si es justo, ¿cómo defiende causa injusta?” Y da la solución el mismo Juan de Ávila: “¡Él puso lo que tú debías! ¿Cuánto era tu deuda? Pues Él puso lo que tú debías, y pagó más de lo que merecías”. Fíjate que son frases atrevidísimas. Pagó más por mí, mi abogado Jesús, de lo que yo merecía. Pero, ¿qué es lo que yo merecía por mi pecado? El Infierno. Y así justamente defiende tu causa, no diciendo: “No merece muerte”. No dice Él “no merece muerte”, sino, “Yo pagaré por él”; y la muerte que merece, yo la pagaré por él. Y por lo que Él merece, quedas tú perdonado. Échate a sus pies y te dirá: “Yo te perdono tus pecados, porque Yo los pagué por ti”.

Es para quedar anonadados ante lo que Dios ha hecho por nosotros. ¿Cuánta será la virtud de la Pasión de Cristo? Tantos son nuestros merecimientos, dice otra vez Juan de Ávila. Allí presumo y confío yo. Cuanta es la virtud de la Pasión de Cristo, esos son mis merecimientos. Y ¿cuánta es la virtud de la Pasión de Jesucristo? Infinita para redimir mil mundos. Ahí presumo y confío yo. Ahí pido al Padre, ofreciéndole al Hijo. De ahí pago yo lo que debo y me sobra, dice san Juan de Ávila.

Día 22. "YO ROGARÉ AL PADRE POR VOSOTROS" (Jn 14, 16)

Corazón de Jesús, Abogado nuestro.

Cuando un abogado está defendiendo una causa y la causa se pone mal, levanta un Recurso. Pues este Abogado nuestro, Cristo Jesús, el Corazón de Jesús, el Verbo Humanado, tiene Recursos infalibles. El Primer Recurso infalible que no falla y en el que tienes tú que apoyarte en tu seguridad, para tu seguridad, es que Él ora por ti. "Yo, dice Jesús, rogaré al Padre por vosotros".

En todo pleito, en todo recurso, el Abogado es clave. ¿Qué argumentos empleará el Abogado? Cristo Jesús la Oración: "Yo rogaré al Padre por vosotros". "Intercesor perenne a favor nuestro…", dice la Epístola a los Hebreos. "Cuando tú te crees más abandonado, Él ora por ti". Y vuelve de nuevo Juan de Ávila: "Solos se creían los Apóstoles en medio del mar agitado. Piensan que los tienes olvidados y que duermes, y estás las rodillas hincadas orando por ellos. Y cuando son pasadas las tres partes de la noche, acércase a los suyos y les dice: ¡Yo soy, no temáis!". "Yo soy" es la traducción de Yahvé. El nombre del Antiguo Testamento de Dios –Yahvé– es "Yo soy". Es el nombre que le da a Moisés: "les dirás que: el que Es – Yo soy".

Llega a los suyos y les dice: "No temáis: Yo soy". Y cuando tú te sientes abandonado, cuando tú te sientes en negrura, cuando tú te sientes en esas desolaciones que llamamos nosotros y que son nada, infantilidades la mayoría de los casos, aun con todo no te ha abandonado; que dice Juan de Ávila: "Cuanto más probados y tentados, más amados".

Y tiene aún un recurso más eficaz, que es la oración. Recurso infalible. Presenta al Padre su pasión, el precio de su sangre. El Padre no puede desatender esta voz de la sangre del Hijo. Vi en medio, delante del trono, al Cordero

de pie, con las cicatrices de su inmolación (*Apocalipsis*). Ante estos dos recursos infalibles, ¿qué tienes tú que temer? La oración. Si Él aboga por mí, y si Él en ese abogar, en esa manera de defender mi causa, paga por mí, se entrega por mí, se da por mí, recibe el castigo que yo merecía, y encima ora incesantemente, perennemente ante el Padre, y presenta ante el Padre el recurso de su oración eficaz, y el recurso de su propia pasión, entonces, este abogado es también mi esperanza. Es mi esperanza. Jesús es la esperanza de los que en Él confían. Jesús es la esperanza de las Naciones, dice Isaías. En Él esperaron nuestros padres del Antiguo Testamento. Fue el regocijo de los Patriarcas, y fue la ilusión de los Profetas. En esta esperanza de Jesús encontraron su fuerza los mártires.

Acudamos a la Virgen. Le decimos ahora, cuando cantemos en la Salve: "Abogada nuestra". La llamaremos también a ella "Abogada nuestra". Llénanos tú de confianza en este Jesús. Corazón de Jesús, ¡en ti confío!, porque creo en tu amor para conmigo. Abogado que no pierde ninguna causa, y mucho menos esta, que aun siendo mía, la tomas por tuya. Confianza, pues, inquebrantable, sin límites. Confianza audaz, pedíamos en nuestras oraciones. Confianza en nuestro abogado, mediador, intercesor, Jesucristo, el Justo.

Día 23. "EN ESPERANZA FUIMOS SALVADOS" (Rom 8, 24)

Corazón de Jesús, esperanza nuestra.

Esas palabras a lo Ignacio de Antioquía: "Para nada quiero todos los placeres de esta vida. Más prefiero morir por Jesucristo que imperar en todo el mundo. Busco a aquel que por nosotros murió, a aquel quiero encontrar, que por nosotros resucitó". Es la fuerza que da la esperanza. Porque con la fe, con los ojos de la fe vemos, pero con la esperanza gozamos ya de lo que anhelamos. Y Jesús es mi esperanza. La seguridad mía en el triunfo, con este abogado triunfaré. Él es la esperanza de los mártires, de las vírgenes, de los confesores, de los apóstoles. Es nuestra esperanza, sin Él la vida es un absurdo.

Todo está hecho para el hombre. Todo está soñado para el hombre. Quitas al hombre y la creación, y la Tierra no tiene objeto. ¡Qué triste sería el mundo sin el hombre! Los ríos corren solitarios. Nadie interpreta el rumor de las aguas. El mar brama día y noche, sin que nadie comprenda su mensaje. Nadie. No existe el hombre. Y puesto el hombre sobre la tierra, el hombre sin Dios, cuando vivíais sin esperanza, como dice san Pablo. El hombre sin Dios. El hombre sin este enviado de Dios. Sin este Jesús engendrado en la eternidad, y engendrado en lo humano, en el seno de la Santísima Virgen. Este Dios mío, salvador mío, la esperanza mía. Es nuestra esperanza, y en Él tenemos la seguridad de la Resurrección. Que le veremos un día cara a cara.

Sin duda cada día volverás a sentir de nuevo el peso de tus miserias. La carne que tira, el mundo que tienta, Satanás que no cesa. Volverás a sentir de nuevo los fallos. Volverás a sentirte en ridículo en tus apreciaciones y en tus criterios. Volverás a sentir que te desprecian. Sentirás con todos tus sueños que sales de la oración a conquistar el mundo. Pero Dios te lleva por otros caminos, por otros senderos. Como cantamos: "Te llevará por un camino que

eternamente te escogió, tú síguelo. Sin duda no es el que un día tú soñaste seguir aquí, pero no hay otro igual ni mejor para ti. Ha de llevar las riendas Dios y tú seguir con paz y amor. ¡Oh senderito de mi vida, qué dulce te haces para mí, que voy a Dios yendo por ti!". Pero ese senderito será siempre totalmente inverso a como tú sueñas tu santidad. Pero entonces tú piensas: "Él es mi esperanza". Y esto acaba en Resurrección.

Hablando de Cristo, san Pablo le dice a Timoteo "Esperanza nuestra". "Esperanza de la Gloria", dice a los colosenses. Con su Resurrección y Glorificación garantiza la nuestra. Cristo resucitó y con Él hemos resucitado también nosotros. "En esperanza ¡ya estamos salvados!", dice a los romanos. "En esperanza ¡somos ya herederos de la vida eterna!", le dice a Tito. ¡Somos ya herederos de la vida eterna! Entonces en nuestra oración, contemplando a Cristo, pero a un Cristo crucificado, viéndole ya en triunfos de resurrección, escuchamos desde Cristo en la Cruz: "Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en Mí aunque haya muerto, vivirá; y el que vive y cree en Mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?". Y nos llenamos de gozo por la esperanza; de anhelos de Gloria, en la seguridad. Porque esto es la esperanza. Tener ya la seguridad de lo que ahora creemos por la fe, y un día alcanzaremos para vivir plenamente en el amor de Dios.

Oración de la Confianza al Corazón de Jesús, del P. Charmot.

Corazón de Jesús, en Ti confío. De tu Corazón, espero torrentes de gracia y de misericordia. La fuerza para cumplir todas tus voluntades sobre mí, y la realización de todos tus designios sobre mi vida. Puedo perderlo todo, aun la gracia; pero: ¡jamás hasta la muerte, perderé esta confianza!

Confianza hasta la audacia.

Fijémonos, porque esto es una oración de la confianza, hasta la audacia, sin límites: *Puedo perderlo todo, aun la gracia; pero: ¡jamás hasta la muerte, perderé esta confianza*! Podríamos añadir: "Porque es en Ti y no en mis fuerzas, en lo que tengo fe". Es que debo de creer que Dios me ama, y no que soy yo el que arrebato el Corazón de Dios porque le amo.

Es en Ti y no en mis fuerzas en lo que tengo fe, y es imposible esperar demasiado de Tu Corazón. No quiero apoyarme ni en mis virtudes, ni en tus dones mismos.

Unos dirán: "Mi confianza es la paternidad de Dios". Otros, "mi confianza es mi oración perseverante". Otros aun, "mi confianza, es mi confianza misma". Para mí, mi confianza es todo eso, y algo más sólido aun: Mi confianza es Tu Corazón; ahí está toda mi confianza.

Un Corazón como el Tuyo no puede decepcionar a nadie, ni al más criminal. Y si todo se derrumba para mí y en mí, Tu Corazón permanecerá para mí, inmutablemente, aunque todo se derrumbe.

Creo en tu amor para conmigo, por eso es por lo que en Ti confío, Corazón de Jesús, porque creo en Tu amor para conmigo y aunque se derrumbe todo, tu Corazón permanecerá inmutable para mí. El Corazón abierto de Jesús crucificado.

En mi miseria, mi confianza es tu Corazón divinamente rico en méritos.

En mi debilidad, mi confianza es tu Corazón todopoderoso y liberal.

En mis pecados, mi confianza es tu Corazón infinitamente misericordioso.

En mi egoísmo, mi confianza es tu Corazón ardiente de amor hasta la locura de la cruz.

En mi oración, mi confianza es tu Corazón desbordante de ternura filial hacia el Padre.

En mi caridad, mi confianza es tu Corazón lleno de tu Espíritu de Amor.

En mi celo, mi confianza es tu Corazón devorado por el deseo de redimir las almas por tu preciosa Sangre, y en Él estoy seguro de encontrar todo lo que le falta al mío: la semejanza con tu Corazón.

Y con el Corazón de Nuestra Madre Inmaculada, la redención de las almas, la reparación de todas las ofensas, y la mayor Gloria de la Santísima Trinidad en la que quiero solamente y eternamente, por tu Corazón abierto, vivir y morir. Así sea.

“Corazón de Jesús, en Ti confío, porque creo en tu amor para conmigo”. Repítete esto muchas veces, ahora en estos días. Una jaculatoria al Corazón de Jesús, y al Dulce nombre de María: “¡Madre María! ¡Corazón de Jesús, en Ti confío, porque creo en tu amor para conmigo!”.

Ahora entendemos mejor la salutación del Papa, siempre que comienza cualquier intervención: “Alabado sea Jesucristo”. Que esto salga de nuestro corazón, que nos enamoremos de Él: “Alabado sea Jesucristo”. No hay nada más dulce, ni nada más grande, ni nada que pueda satisfacer nuestro corazón como Jesucristo.

Tiene nuestra inteligencia ansias ilimitadas de verdad, y Jesucristo es la verdad.

Tiene nuestro corazón apetencias insondables, inalcanzables de felicidad, y Jesucristo, el Corazón de Jesús, es toda la felicidad de Dios para nosotros. Tiene nuestro espíritu, ansias de eternidad y Jesús es la eternidad misma.

Todas las apetencias nuestra, están allí en Él. En Él lo encuentro todo, todo cuanto deseo. Por eso, si te enamoras de la Virgen, Ella no hará otra cosa que llevarte a Jesús. No puede hacer otra cosa que llevarte a Jesús. Es camino para llevarte a Jesús, como Jesús lo es para llevarte al Padre.

Pidamos a la Virgen: Madre, concédeme esa confianza. Y repitamos incesantemente: “Corazón de Jesús, en Ti confío, porque creo en tu amor para conmigo”. Pero como las ideas no se entienden mientras no se viven, acompaña a esta jaculatoria con audacias. Vete en el nombre de Jesús a hacer locuras, “porque en Ti confío”. En todas las cosas: en el apostolado, en la caridad, en todo lo que vayas a hacer, “apoyándome en Ti, en todo momento en Ti”.

En mi miseria, mi confianza en Tu Corazón, divinamente rico en méritos. En mi debilidad, mi confianza es Tu Corazón. En ese momento de debilidad: “En Ti confío, porque creo en Tu amor para conmigo”. En el apostolado, cuando tengas que vencerte. Cuando notes que te faltan las fuerzas para ponerte a estudiar, para lo que sea, en cualquier momento: “Corazón de Jesús, en Ti confío, porque creo en tu amor para conmigo”. Ve, apoyado solamente en el Corazón de Jesús.

“Dulce Corazón de María, sed mi Salvación. Llévame Tú al Corazón de Jesús”. Veréis cómo entonces, la fuerza del Corazón de Jesús se apodera de vosotros.

Prometió Él cómo las almas más recalcitrantes, las más difíciles, las de los mayores pecadores, no podrán resistirse a los Apóstoles de la devoción de su Corazón. Y tenemos que llevarle al mundo ese mensaje. El Corazón de Jesús, la devoción al Corazón de Jesús, es ya el exceso de las misericordias. Más lejos no puede llegar el Corazón de Jesús para decir a los hombres que les ama, y necesita de nosotros para decírselo. Pero tú lo dirás a los demás en la medida que veas las misericordias que tiene para contigo. Pídele todos los días: ¡Señor, hazme Apóstol de tu misericordia, precisamente por mis miserias! Porque viendo yo lo que haces con mi miseria, entonces tendré la confianza audaz de pensar que lo que haces conmigo, ¿lo vas a hacer sólo conmigo? ¿Sólo yo soy el privilegiado, si has muerto por todos? Pues, también lo haces por los demás. Confianza sin límites en el Corazón de Jesús: “Corazón de Jesús en Ti confío, porque creo en tu amor para conmigo”.

Día 26. "VENID A MÍ LOS QUE ESTÁIS CANSADOS Y AGOBIADOS" (Mt 11, 28)

San Agustín, con una expresión audaz, llama a Jesús timbalero —timbalero es el que toca los timbales, los tambores— y dice: "Por eso es crucificado y extendido en el leño, estirado en el leño para que la carne se haga sonoro tambor, es decir, cuero tenso. Y como nosotros teníamos las puertas cerradas a Cristo, Él con su crucifixión abrió los corazones de los hombres. Decir, pues, que fue crucificado, es decir que fue golpeado, que fue atabaleado a las puertas de los corazones; como el que toca un tambor. A tambor batiente rompe el Crucificado la sordera de los más duros corazones".

A tambor batiente. ¡Qué imagen tan impresionante para hacer nuestra oración! Porque es imaginarte a Cristo crucificado, extendido, lo que más puede dar de sí. Y su pecho y su cuero se ha extendido como un tambor, donde está golpeando fuerte para romper nuestra sordera y la dureza de nuestros corazones.

No podemos entender lo que Él nos ama porque nosotros no somos capaces de amar. Entonces viendo a Jesús así, en un sonido tan fuerte atabaleando desde la cruz con las manos clavadas y llagadas, los pies clavados para no poderse separar de ti, como dice san Juan de Ávila, atisbaremos algo de su amor.

"El corazón abierto para recibirte, las manos llagadas para bendecirte, la cabeza inclinada para escucharte y darte besos de paz con los que invita a los culpables" (san Juan de Ávila).

Acércate al Corazón de Jesús y repítele: "Corazón de Jesús, en Ti confío, porque creo en tu amor". Pero, por desgracia, aunque lo digo con la boca, no lo entiendo así con mi corazón. Es esta una Gracia que necesito. ¡Madre, haz que crea en el Amor del Corazón de Jesús para

conmigo! Que me juego mi perseverancia; y que me juego mi santidad.

Porque en un primer momento en que yo dude es muy fácil decir: “a la santidad por la perseverancia, y a la perseverancia por las miserias”, pero luego si día tras día te ves más lejos de la santidad, ¿cómo reaccionas?

¿Cómo entiendes ser santo? ¿El hombre que triunfa? Pero el santo y el líder que debes concebir es el que fracasa día tras día. Tu fracaso es el de Cristo en la cruz, y tú sales a fracasar; y sales de la oración, de unos Ejercicios, sales de donde sea, y ves que fracasas; y entonces, a pesar de todo, te acercas al Corazón de Jesús que sigue con los brazos abiertos para recibir al alma agobiada: “Venid a Mí cuantos estéis cansados y agobiados que Yo os aliviaré”.

Mientras no entiendas esto, podrás acaso decir “a la santidad por la perseverancia, a la perseverancia por la miseria”, pero ni perseveras ni te santificas. Porque dudas de que Dios pueda hacerte santo; precisamente, por esa miseria.

Recuerda: no te haces santo por tu miseria, sino por su misericordia.

Dice santa Teresa: "Acostúmbrese a traer la Sacratísima Humanidad de Jesús cabe sí cuando hable en la oración. Porque la Humanidad de Jesús ha sido el instrumento por el que el Padre ha querido comunicarnos la Divinidad". Nos dice san Atanasio: "En el mismo instante de su concepción, el Verbo ha asumido la Humanidad, la Naturaleza Humana y, como persona Divina, es verdadero Dios y verdadero Hombre. Y nosotros no separamos del Verbo el cuerpo como tal y lo adoramos, ni tampoco cuando queremos adorar al Verbo le apartamos de la carne, sino sabiendo como sabemos que el Verbo se hizo carne, lo reconocemos como Dios, aunque esté Humanado".

En tus ratos de oración, durante el día, estás en contacto con Dios. Y siempre, "buscadlo, que no estáis huecas", decía santa Teresa a sus hijas. Aun en medio del tráfico de la ciudad, en todo momento, acostúmbrate a buscarlo: "Mi ideal, mi huésped, mi Primogénito, mi Señor, mi amigo". Y búscalo dentro de ti. Haced amistad con Él. Poned el corazón en Él. Entonces, irás por las calles "activo". No se exige en la ascesis a un cristiano, nada más que la renuncia, la negación, dominar los ojos. No es lo negativo, es lo positivo, de que estás siempre en compañía, y en la mejor de las compañías, y en el mayor de los ideales.

¿Qué estampa nos vamos a poner para la oración? Santa Madre del Verbo encarnado, después de todos los aspectos que nos has ido presentando en el Corazón de Jesús, ¿qué oración voy a hacer? Pues lo que aconseja san Ignacio en sus Ejercicios: "Ver las personas. Contemplar lo que hacen. Escuchar lo que dicen. Y meterme en la acción como si presente me hallase".

Voy a meterme en Tomás, el incrédulo, y me voy a acercar al Corazón de Jesús, que me va a decir: "Ven, trae tu mano. Métela en mi costado. Tócame". Confianza sin

límites, confianza audaz estamos pidiendo. ¡Santa Teresita, enséñanos la confianza audaz! Vamos a meter la mano en el costado de Jesús. Y al tocar el corazón, vamos a tocar su divinidad y entonces diremos: "Señor mío, y Dios mío".

Hay muchos señores, pero nosotros tenemos un solo Señor. En vida y en muerte, dice san Pablo: "¡Somos, pues, del Señor! Porque si vivimos, para el Señor vivimos y, si morimos, para el Señor morimos. Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno de nosotros muere para sí. Así pues, en la vida y en la muerte, somos del Señor". Del Señor somos. Un único Señor. Un único Maestro. Un único amigo. Un único ideal. Jesús, el Corazón de Jesús, Señor mío y Dios mío. No podemos separarnos jamás de su lado.

¡Enamorarnos de Él! Porque después nos encontraremos con las miserias, y las tendremos siempre. Dios no nos pide que triunfemos, sino que luchemos. Repítete: "¡No me importa! Lo único que yo quiero, Señor, es no perderte a Ti. Estar siempre contigo y, estando contigo, lo demás ¿qué importa, Señor? Para siempre quiero estar contigo. Tú eres mi único Señor. Lo demás no me importa. Ninguna cosa. Pídeselo a la Santísima Virgen.

La santidad es esto, ¡enamorarse de Jesús! No estamos enamorados de Jesús. Si estuviéramos enamorados de Jesús, no podríamos dejarle. Fallaríamos, pero no le abandonaríamos, y volveríamos a estar comenzando siempre. La santidad es no cansarse nunca de estar empezando siempre.

¡Oh, Santa Madre del Verbo encarnado, concédenos este obsequio, tocar el Corazón de Jesús, y clamar como Tomás: "¡Señor mío, y Dios mío!"

Soledades del Corazón de Jesús. ¡Idlo contemplando!, y no ahora, sino en cada día de vuestra vida durante un buen espacio de tiempo. Que nuestra contemplación no sea de televisión, sino de “teledivinavisión”. Que podamos contemplar todos los días al Corazón de Jesús, nuestro modelo, en ratos sosegados de oración. Soledades del Corazón de Jesús.

La soledad de Belén: “Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron”. La soledad de Jesús, “nascido (dice san Ignacio) en summa pobreza”. Es impresionante en la noche de Belén. ¡El Esperado! ¡El Mesías! ¡El Ansiado! Aquel por quien clamó Isaías: “Destilad, cielos, el rocío de lo alto, lluevan las nubes al Justo, ábrase la tierra y germine al Salvador”, viene a la tierra y nace en una soledad total y absoluta en presencia del Corazón de la Santísima Virgen y de san José, a los cuales Dios beneficiaba inmensamente con esta pobreza en que nacía su Verbo, porque los preparaba así para poner los ojos y el corazón solamente en aquel Niño y no ponerlos en ninguna otra criatura. Nace en soledad y forma en su Madre un corazón solitario: ¿Qué mujer habrá habido en el mundo que haya dado a luz sin nadie que la asista, y que después no haya venido alguien a ayudarla, a felicitarla por el niño que ha tenido?

Soledad de Jesús y de la Virgen en Nazaret. Soledad del Corazón de Jesús ante su propia Madre. Para educar el corazón maternal de la Virgen en soledad, Jesús la abandona a los doce años, por tres días, quedándose en Jerusalén al finalizar la fiesta de la Pascua. En estos tres días (nos dicen algunos comentaristas del Evangelio), la Santísima Virgen ha sufrido más que en la pasión, porque aquí tenía la presencia del Hijo; por lo menos el consuelo de estar junto a Él. En estos tres días, la Virgen oraba y sabía que, vivo o muerto, Él la escuchaba. ¿Cómo no respondía el Hijo de sus entrañas, el Hijo de Dios, el todo bien y todo bondad? Por eso, cuando lo encuentra, le

pregunta: “Pero Hijo, ¿cómo lo has hecho así con nosotros? ¡Mira que tu padre y yo, angustiados, estábamos buscándote!” Y Jesús les responde: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo había de estar en las cosas de mi Padre?” Ellos no entendieron nada de lo que les había dicho. Jesús preparaba a la Santísima Virgen para vivir su soledad. Fue el primer desgarrón fortísimo hecho al Corazón de su Madre, porque era voluntad de Dios que la Virgen debía corredimirnos con un corazón solitario. Y al hacer esto (que ni siquiera la Madre en principio comprendió), Jesús, su hijo y su Dios, la llevaba de pobreza espiritual (escalón en el que María se había quedado el día de la Purificación al entregar el Hijo al Padre de los cielos y ofrendarlo ya en el templo) a pobreza actual de quedarse sin Jesús realmente, y entender (ponderando estas cosas en su Corazón) que llegaría un día en que el Hijo de sus entrañas la dejaría en una soledad total y absoluta, para darse más intensamente a los hombres.

Mayor soledad y dolor ocasionó a la Virgen la Ascensión de su Hijo que la espada que taladrara su corazón al pie de la cruz. ¡Es un milagro que la Santísima Virgen continuara en la tierra sin la presencia de su Hijo! Todos los autores espirituales y todos los místicos nos proponen después de la Ascensión de Jesús consuelos a la Virgen para seguirla manteniendo (mediante contactos de su Hijo con ella en la tierra), para seguirla alentando, mientras daba a luz a la Iglesia, en medio de un parto, que ese sí que hacía sangrar lágrimas de dolor, muchísimo más que las lágrimas de soledad al dar a luz a Jesús en Belén. Ha preparado así a la Virgen para vivir en soledad, llevándola de la pobreza de deseo a la pobreza actual.

Soledad del Corazón de Jesús con los suyos. Sus familiares (nos dice san Marcos) venían a buscarle en cuanto salió a la vida pública y querían llevárselo, porque decían que estaba como fuera de sí, como loco.

Día 29. "¿TAMBIÉN VOSOTROS ME DEJARÉIS SOLO?" (Jn 6, 67)

Soledad del Corazón de Jesús en Nazaret, su pueblo. Ya había dicho Él que ningún profeta lo es en su patria. Llegó a Nazaret, y los nazarenos quisieron precipitarlo por un barranco, pero "Él, pasando por el medio, se retiraba", y, alejándose del pueblo (así nos lo dibuja Jan Dobraczynski en su libro *Cartas de Nicodemo*), contempló la ciudad a lo lejos. Se sentó en el suelo. Comenzaron a convulsionarse sus hombros. Agachó la cabeza. Jesús estaba llorando.... Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. ¡Los de Nazaret! ¡Los amigos de siempre! Con los que había estado treinta años de su vida, y a los que amaba. Porque el drama mayor del Corazón solitario de Jesús es que cada uno de los que le produce soledad es amado por Él.

Soledad de Jesús entre las masas. No le entendieron. Tuvo que decirles: "Vosotros me buscáis porque os he dado de comer". Pero en cuanto comenzó a pregonar el sermón de la Eucaristía —"dura doctrina es ésta"—, le dejaron solo. "¿También vosotros me dejaréis solo?" Las masas le llevaron multitudes de enfermos, pero solamente una vez leemos en el Evangelio (y también era un enfermo), le llevaron pecadores, que era lo que había venido a buscar. Las masas entendían como nosotros una salvación de lo temporal, en lugar de una salvación de abundancia de Vida divina en el alma. ¡Soledad del Corazón de Jesús ante las masas!

Soledad del Corazón de Jesús entre los teólogos de la época. No nos extrañemos ahora cuando nos hacen sufrir ciertas teorías: "Vosotros escudriñáis las Escrituras y no me habéis conocido". Soledad ante los fariseos, que debieron haberle recibido entre aplausos y entre vítores, y los tuvo que llamar "raza de víboras, sepulcros blanqueados". Pero los amaba. Amaba Jesús a aquellos fariseos, y aun así tuvo que plantarles cara, decirles abiertamente lo que hacían,

porque ponían a otros cargas que ellos mismos no eran capaces de soportar. Y dijo al pueblo en cuanto a ellos: “Haced lo que os dicen, aunque no hagáis lo que ellos hacen”.

Soledad del Corazón de Jesús en Gerasa. Fue preterido a dos mil cerdos después de hacer la curación del endemoniado, tras haber sepultado en la piara a la multitud de demonios (“nuestro nombre es legión”). Vinieron aquellos ciudadanos griegos del territorio de la Decápolis para decirle: “Márchate de aquí; creemos que eres un gran hombre, pero nos has infligido un gran daño”.

Soledad del Corazón de Jesús con sus más íntimos. A Pedro le tuvo que decir: “¡Aparta de mí, Satanás!”, porque Pedro no había entendido el mensaje doloroso de la cruz y le quería disuadir de que subiese a Jerusalén. En la noche de la Cena todavía les tendrá que decir: “¡Tanto tiempo con vosotros, Felipe, y aún no me habéis conocido!”. Soledad del Corazón de Jesús. Los suyos, en el momento de la agonía en Getsemaní, se quedaron dormidos. Poco después nos dice el Evangelio: “Entonces sus discípulos, abandonándole todos, huyeron”.

Soledad del Corazón de Jesús en la cruz. No tenemos palabras para expresar este misterio: “Maldito el que cuelga del madero”. Quedó abandonado, aun del Padre de los cielos: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”. No podemos llegar a comprender este misterio, y así es como Jesús ha realizado nuestra salvación. Y después de la cruz (nos dice san Juan de Ávila), si repitió “todo se ha acabado", se ha acabado todo en cuanto al padecimiento, que no en cuanto al amor, porque nos sigue amando.

Y nosotros hoy, ¿no dejamos solo al Corazón de Jesús? Porque sigue prolongando el amor (que no ya el padecimiento) en la Eucaristía, memorial de su pasión.

Está en los Sagrarios. ¿Cuánto tiempo acompañamos nosotros a Jesús diariamente ante un Sagrario? Nos quejamos de que en algunas iglesias han arrinconado los sagrarios y los han puesto en lugares ocultos, pero nosotros, con los Sagrarios que tenemos a nuestro alcance, ¿qué hacemos? ¿Acompañamos a Jesús en la Eucaristía?

Fui hace años a pasar el día a un pueblo que no tenía sacerdote y entré en la iglesia. Mi compañero y yo nos fuimos a buscar a otro párroco de un pueblo cercano para que nos celebrase misa. Cuando el sacerdote, en la misa, abrió el Sagrario, las formas estaban corrompidas. No había corporales debajo del copón, sino unos papeles de periódicos amarillentos. ¡Cuánta soledad debió sufrir Jesús en aquel Sagrario!

Soledad del Corazón de Jesús en nosotros mismos. Somos sus predilectos, sus íntimos. Nos ama. Está en nosotros. Lo tenemos durante el día como en el olvido. Nuestra propia alma se ha convertido para Él en un desierto, en un hospedaje en que es el gran ausente. Hay tantas cosas que nos absorben, que ya no nos preocupa el Corazón de Jesús.

A estas soledades nos tiene que llevar Jesús si queremos seguirle, mis queridos amigos, y, si no, no es que no seamos santos, ¡es que no podremos ser ni cristianos! Por tres veces anuncia Jesús la pasión en el Evangelio: en el capítulo noveno de san Lucas dos veces, y en el décimo, una tercera. De estas tres veces, cuando les dice: "Mirad que subimos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre va a ser escarnecido, va a caer en manos de los

doctores, va a ser azotado, va a ser abofeteado, va a ser crucificado, pero al tercer día resucitará", añade el Espíritu Santo por medio del evangelista: "y ellos no entendían nada de lo que les había dicho"; y añade más aún: "y era éste un lenguaje encubierto para ellos" y "no querían pensar en ello". Y les ha dicho: "Mirad que subimos a Jerusalén", no "mirad que subo", sino "que subimos".

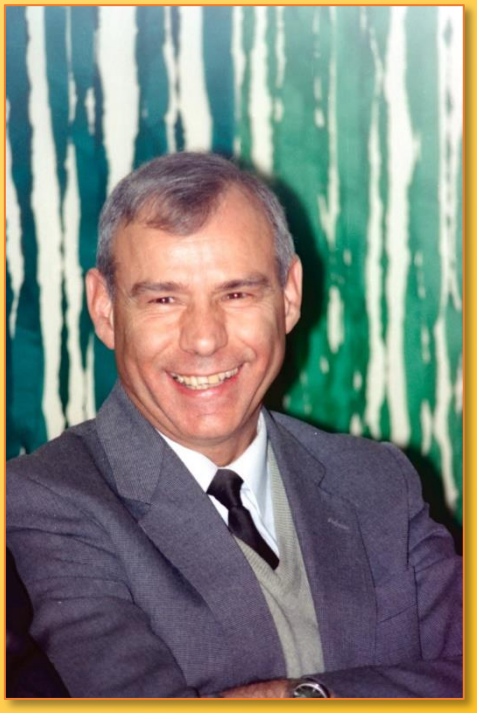
Y estas palabras nos repite Jesús a nosotros: "Subimos". ¡Tú y yo! Si quieres santificarte y quieres vivir en cristiano, tienes que subir conmigo a la Cruz. Esto nos cuesta trabajo, no lo entendemos. Con razón el Espíritu Santo dice que era un "lenguaje enigmático". ¡No lo comprendieron! No comprendemos que tenemos que sufrir, que, si realmente nosotros queremos ser útiles a la gloria de Dios, salvar a la Iglesia en estos momentos no podemos ir por caminos distintos de por los que fue el Maestro... Y nos elige a cada uno de nosotros. Dios nos tiene que llevar a la santidad, y no tiene otro camino para llevarnos a ella que ése: su propia soledad.

Vayamos a Santa María. Acompañémosla en la soledad. Convirtamos nuestra vida en una sonrisa para la Virgen.

***Lector* (Días impares):** Corazón humano y divino de Jesús, Sumo Capitán y Rey nuestro. Tú eres para nosotros la paz en medio de la inquietud, el sosiego en la milicia sobre la tierra, que es nuestra vida. La ilusión y el Dios que alegra nuestra juventud. Por mediación de María, Reina y Madre, y en reparación de nuestras tibiezas e ingratitudes, Te renovamos hoy la plena consagración de nuestras cosas, vidas y personas.

***Lector* (Días pares):** Corazón divino y humano de Jesús, Sumo Capitán y Rey nuestro. A Ti venimos, emocionados y juntos, en este mes tuyo, corazón del año, para jurarte, una vez más, correspondencia fiel a Tu gran predilección sobre nuestro destino y a todas Tus pequeñas predilecciones eternas de cada hora. Por mediación de María, Reina y Madre, y en reparación de nuestras tibiezas e ingratitudes, Te renovamos hoy la plena consagración de nuestras cosas, vidas y personas.

Todos: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y ni poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta.



Abelardo de Armas nació en Madrid en 1930. Vivió los difíciles años de la postguerra, debiendo comenzar a trabajar a los catorce años para poder subsistir. A los veintiuno se encontró con Dios en unos Ejercicios espirituales, momento clave en su trayectoria vital. Desde entonces ha dedicado toda su vida a Dios y a los jóvenes en los Cruzados de Santa María, de los que ha sido su Director General durante treinta y siete años.

Uno de sus temas preferidos ha sido hablar del Corazón de Jesús. Así, en ejercicios y retiros, en charlas y conferencias, pero también en sus escritos, como ha sido en la colaboración que cada dos meses hacía en la sección "Agua viva" que tenía asignada en la revista de experiencias apostólicas *Estar*. Durante treinta años atendió esa sección. De allí han brotado reflexiones sencillas, pero bellísimas, especialmente a propósito del mes de junio dedicado tradicionalmente al Corazón de Jesús. En 2003 hubo de dejar de escribir por una enfermedad degenerativa que le ha llevado a cumplir con la vocación de dejarse hacer por Dios y de las manos vacías, que tanto le han identificado, y que plasma asimismo en sus escritos.

Esta recopilación de escritos sobre el Corazón de Jesús, tomada de intervenciones orales suyas o como fragmentos de otros escritos, da cuenta de su inquebrantable confianza en el Amor Misericordioso de Cristo.